

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

EL GERIFALTE

cliff bradley





SS

SERVICIO SECRETO



CLIFF BRADLEY

EL GERIFALTE

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.089

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTÁ • BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

Depósito Legal B 15.768 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1971

© CLIFF BRADLEY - 1971
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
961 — Sendas de ira.
- En Colección BUFALO:
616 — El que mató a Jack Torrence.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.086 — Los bandidos de Boot Hill.
- En Colección ASES DEL OESTE:
626 — El león y los chacales.
- En Colección BRAVO OESTE:
518 — El cráter del sol poniente.
- En Colección COLORADO:
469 — El rancho siniestro.
- En Colección PUNTO ROJO:
467 — Los eslabones de la cadena.
- En Colección CALIFORNIA:
764 — La leyenda de Arizona.
- En Colección KANSAS:
650 — Una tumba en la colina.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
19 — Humo azul en los montes.

CAPÍTULO PRIMERO

Me revientan los mitos. Me revientan las situaciones clásicas, estatuidas, los clichés estereotipados, la burocracia, los encasillamientos, los ideales en conserva... En resumen, me revienta casi todo lo que ha venido conformando la sociedad occidental del Occidente. Por eso soy un gerifalte errante, un vagabundo; eso que los imbéciles llaman un tipo peligroso.

Ya se sabe. Para los tenderos suele ser peligroso un tipo que cuando tiene hambre se limita a comerse lo que halla a la mano, pagándolo o robándolo, pues robar suele significar, de acuerdo con su código, llevarse sin pagar aquello que ellos adquieren por dos, para revendérselo a otros por veinte. En este caso es comercio lícito. Para los funcionarios es peligrosísimo un tipo que se cisca en los papeles, las pólizas, los sellos más o menos oficiales, que no hace ningún caso de ordenanzas, reglamentos y ventanillas con perro pachón dentro, que salta las fronteras como los funámbulos de circo las cuerdas de la pista, se encuentran tan bien..., o tan mal, en Rusia como en Estados Unidos, en el Congo como en Suiza, que jamás admite la pretendida superioridad jerárquica de nadie y hace siempre lo que le da la gana. Para los borregos, es peligroso el lobo, porque cuando tiene hambre va y se los come. Como el mundo está configurado por tenderos, funcionarios y corderos...

Pero resulta que a los que gobiernan los países, nosotros, los gerifaltes indomables, les hacemos muchísima falta. Muchísima más de la que se imaginan los tenderos, los funcionarios y los corderos. Ellos, los primeros, les sirven para hacer que nadie pueda ahorrar demasiado y sentirse demasiado a gusto. Los segundos, para que nada marche ni aprisa ni bien, ya que si las cosas se arreglaran aprisa y bien no serían prácticamente necesarios los políticos y

otros ínclitos depredadores de alto vuelo. Los borregos ya se sabe para qué sirven.

Nosotros, los gerifaltes, servimos para infinitas cosas. A veces hacemos tarea de halcón, a veces de buitre. Bien cazamos, bien devoramos carroña fresca. En cualquiera de ambos casos, nuestra utilidad es manifiesta. Por sí mismos, quienes gobiernan a las naciones son incapaces de lo primero, aunque sí lo sean, y muy bien, de devorar todo lo que se les eche por delante, comenzando por los sustanciosos presupuestos.

Las gentes son divertidamente ingenuas, dentro de su connatural malignidad. Por ejemplo, se toman en serio la vieja y extendida creencia de que les gobiernan esos tipos de relumbrón que aparecen a diario en todos los órganos de idiotización masiva, soltando discursos o inaugurando cosas. Si supieran que, por lo común, tales individuos sólo son hombres de paja, saltimbanquis teloneros, fantasmones, criados de relumbrón colocados en tales lugares por los verdaderos amos del cotarro... y quienes son los verdaderos amos del cotarro, se reirían, se asombrarían... y hasta puede que se echaran a llorar.

Pero eso, no nos preocupa a los gerifaltes viajeros. Para nosotros la vida, la sociedad, el mundo, son «otra cosa». Hablando científicamente, diría que nosotros habitamos en «otro mundo», un «antimundo» que, desde luego, es muchísimo más interesante, distraído, hermoso y excitador. Vaya si lo es...

Nosotros, los gerifaltes vagabundos, carecemos de patria. La patria es un corsé decimonónico que nos asfixiaría. Naturalmente, nacimos como cada «quisque», en cualquier maldito..., o bendito, rincón del planeta Tierra. Naturalmente, tuvimos madre, algunos conocimos a nuestro verdadero padre, cosa ésta en la que también nos parecemos aproximadamente a las dos terceras partes de la humanidad, fuimos a una escuela de primeras letras donde nos desbravó un buen hombre mal pagado y peor considerado... Pero ahí suele acabar toda similitud entre nosotros y la masa amorfa que se dedica a producir y consumir según dictados.

Para nosotros tampoco tienen importancia la religión, la política, las ideologías... Todo eso no lo sentimos, lo vemos desde prismas tan deformadores como didácticos. Podría decirse que, en este aspecto, nos sentimos en la misma posición del estudioso que

investiga la vida en la Roma Imperial, o la Babilonia de Hammurabi, o la Tebas esplendorosa de los Ramésidas. Admite que aquellas gentes eran razonablemente infelices con sus creencias, dogmas, costumbres..., pero no se siente ni por un instante inclinado a compartirlas. Tanto nos da que los muertos se embalsamen como que se incineren, porque, para nosotros, los muertos sólo son eso, muertos, ya no cuentan. En una palabra, para nosotros no hay Césares ni Nerones, porque, sin nosotros, no habría Césares ni Nerones que se auparan al escenario de la historia oficial.

Sin nosotros y sin los verdaderos amos del cotarro, que, por cierto, jamás, o muy raramente, aparecen mencionados en las divertidas historias oficiales. Son gente que, del poder, sólo desean el cogollo, la almendra, lo verdaderamente importante; el relumbrón se lo dejan a sus grandes actores mientras ellos dirigen la escena y hasta los parlamentos desde entre bastidores. Que así es, y no de otra forma, como anda el gran teatro del mundo.

Pero ya es hora de que hable de mí mismo. Sin pizca de fanfarronería, ya que ése es un defecto que no entra en los muchos oficialmente a mi cargo. Los gerifaltes viajeros solemos ser fanfarrones sólo cuando nos conviene, sabemos muy bien que un verdadero fanfarrón nunca será un buen gerifalte. Así, pues, voy a referirme a mí mismo comenzando por darme un nombre totalmente falso, aunque mis señas personales, en su conjunto, sean verdaderas.

Digamos que me llamo —eso consta en mi pasaporte actual— Siegfried Roldán. Es un bello nombre para etiquetar a un gerifalte. Naturalmente, uno no puede andar por ahí llamándose Robustiano Pérez, o Escolástico García. Las etiquetas también cuentan. Mi verdadero nombre no es que sea demasiado vulgar, pero tampoco es nada del otro jueves. De forma que siempre he utilizado otros más eufónicos.

A nadie le importa mi nacionalidad de origen. Soy apátrida. Después de todo, mis padres han muerto, hermanos no tengo, los parientes que pueda tener me importan tanto como yo a ellos y del pedazo de mundo que podría y debería denominar legalmente «patria» salí a los ocho años. He vuelto a menudo por allí, pero con diferentes pasaportes, incluso el de apátrida. Y aseguro que no encontré gran diferencia... entre sus gentes, sus hábitos, sus vicios,

sus paisajes, y los de algunos otros países que conozco, por lo menos, tan bien como el mío de origen. Hoy día, la humanidad occidental es toda una.

Tengo treinta y ocho años y hace veintitrés que soy un gerifalte. Comencé mi aprendizaje entre las ruinas de una ciudad alemana cuyo nombre no le interesa a nadie, combatiendo como en aquellos días se combatía contra unos combatientes después muy ensalzados —por ellos mismos sobre todo—, pero que entonces daban la impresión de estar mucho más interesados en saquear cuanto había de saqueable y perseguir a las mujeres alemanas que en jugarse el pellejo de acuerdo con los cánones contra unos puñados de desesperados que lo habían perdido todo. Tuve dos maestros, mejor dicho, tres; un español, un alemán y un francés. ¡Qué trío...! Ya están muertos, pero eran verdaderos gerifaltes. Ellos, y yo, que sólo contaba trece años, vivimos una odisea de esas que, relatadas en quinientas páginas, sin necesidad de adobos literarios, se vendían como pan bendito a la puerta de una iglesia en tiempos de mi abuela. Pero es una vieja historia y probablemente no me la creerían si la contara. Ocurre con frecuencia.

Cuando aquélla ordalía terminó, yo era de hecho un gerifalte. Pero aún debí seguir a mis mentores en plan de novicio por más de tres años. Y aseguro que nos movimos en aquellos tres años...

Al grano. Mido un metro setenta y ocho de estatura, peso setenta y siete kilos, domino ocho idiomas y sé hacerme entender en otros tantos, más un puñado de lenguas locales. Tengo nueve cicatrices de arma blanca, ocho de bala y cinco de metralla; afortunadamente para mí, sólo en tres casos las heridas fueron graves y en ninguno estropearon nada de mi organismo que fuese vital. Las más veces no pasaron de meros rasguños, o lo que por eso entendemos los gerifaltes. He combatido, he matado hombres y he amado a mujeres en los cinco continentes y todos sus alrededores. Tengo la cabeza a precio en media docena de países y en otros tantos hay gente muy poderosa que me debe en parte su poder, lo saben y fían en mí. Porque nosotros, los gerifaltes, siempre somos leales a quien nos contrata, y no nos contratamos si no es por nuestra propia voluntad: En eso nos diferenciamos de los mercenarios vulgares, que sólo son buenos muchachos ansiosos de movimiento y aventura, y de los simples *condottieros*, gente capaz de traicionar a su propio padre por

un puñado de billetes de Banco.

Nosotros, los gerifaltes errabundos, constituimos la «élite» de ese «antimundo» del que hablé. Somos la aristocracia de todos los aventureros, casi puede decirse que nos conocemos todos, por lo menos sabemos distinguarnos de inmediato. A menudo luchamos unos contra otros, provisional y eventualmente bajo distinta bandera. Pero cuando termina nuestro contrato puede ocurrir que juntos vayamos a sacarle las castañas del fuego a cualquiera en apuros o con ambiciones.

Nosotros, los gerifaltes, tenemos nuestro código y lo cumplimos a rajatabla. Ningún gerifalte tortura o mata a otro, aunque se hallen momentáneamente en bandos opuestos, porque, si lo hiciera, se sabría en seguida y sería su propia sentencia de muerte. Antes bien le ayuda en todo lo que puede, incluso con riesgo de su propia piel. «Hoy por ti, mañana por mí». Nos conviene a todos.

No somos exageradamente ambiciosos. El dinero nos importa un rábano y debe ser así, los honores también. Alguna que otra vez, un gerifalte emerge ocasionalmente de la sombra, incluso para convertirse en líder momentáneo, en caudillo, hasta en jefe de un país. Pero sabemos que los días en que los gerifaltes se tallaban reinos y fundaban dinastías a punta de espada ya han pasado. Hoy al mundo lo rigen los burócratas, individuos antiheroicos por esencia y excelencia. Empleo la palabra «regir» como sinónimo de «regular, encauzar, frenar», ya que su papel es el mismo del légamo y la arenilla.

A lo mío. Naturalmente, no me he casado nunca. Para un gerifalte, el amor es algo muy concreto y las mujeres, sólo compensaciones agradables y pasajeras entre dos períodos de lucha. Tener, he tenido a mujeres de todas las razas, castas y pelajes. A nosotros, los gerifaltes, las mujeres se nos dan fácilmente, las hipnotiza nuestra aureola. La mujer, en todos los tiempos y países, siempre ha estado lista para entregarse al guerrero vencedor; y hay que conocerlas a fondo, a muchas, para saber hasta qué punto eso les agrada. Creo que las impulsa un ancestral deseo de engendrar con él un hijo que sea también grande, fuerte, poderoso...

Al diablo con ellas. Son muy agradables durante un rato, pero siempre terminan fastidiando, salvo muy escasas y notorias excepciones. Hace un cuarto de siglo que soy un gerifalte y, de

acuerdo con el cálculo de probabilidades, ya debería estar muerto hace años. Pero sigo estando muy vivo y espero durar aún bastante. De todos modos no me agradaría convertirme en un carcamal anquilosado. Después de los cincuenta y algunos años, un gerifalte debe retirarse, si no lo retiró drásticamente una bala, un cuchillo, un veneno... Este oficio requiere agilidad, músculos duros, rapidez suma de reflejos y un cerebro muy lúcido. A esa edad muy pocos pueden competir, en lo primero con los jóvenes. Claro que queda la experiencia...

Aún me quedan años para la retirada. Y por ahora me siento muy bien, me atrevería a decir que estoy mejor que nunca si no fuese una fanfarronada. La verdad es que me encuentro descansando en un lugar espléndido y en magnífica compañía. Motivo: un balazo en la pierna izquierda, doce centímetros por encima de la rodilla. Nada serio, pero tengo para tres semanas de reposo. No conviene cometer imprudencias, yo no soy un torero de fama con muchas corridas contratadas a millón de pesetas.

Por eso, porque me sobra tiempo y para no aburrirme —aunque hay junto a mí, cuidándome de modo magnífico, alguien que no me permite el aburrimiento y a cuyo lado difícilmente podría aburrirse un hombre normalmente constituido— es por lo que voy a relatar la historia de los acontecimientos que me han conducido a este tranquilo y hermoso rincón para unas semanas de vacaciones forzosas y muy gratas.

Algo de lo que voy a contar, muy poco, salió en los medios de estupidización de masas en todos los países. Muy poco, apenas la espuma de la espuma. Y muy deformado, como mandan los cánones. Es lo que ocurre siempre en estos casos y me parece lógico. La masa ignorante no tiene por qué saber quién le restalla el látigo sobre las orejas, encarrilando sus pasos y sus apetencias. Les basta y sobra con las precauciones naturales de pagar las letras de los plazos de todos los inútiles cacharros que le han hecho adquirir para autodarse la ilusión de ser civilizada, feliz e independiente.

No, ellos no tienen por qué saber cómo corren las aguas por lo hondo del cauce, ni quién las empuja...

Pero yo voy a comentar, a mi manera, la espectacular muerte del joven y prometedor líder de hombres-masa llamado Patricio Stacey.

Que no se llamó así, naturalmente.

CAPÍTULO II

Hace más o menos dos meses, yo me encontraba en Istambul disfrutando de una corta vacación, desde luego bajo nombre supuesto. Cuando me refiero a una vacación quiero decir que estaba haciendo todo aquello que no suele hacer un gerifalte y en lugares por dónde nunca un gerifalte pasa cuando está metido en algún asunto profesional.

Más claro, me encontraba, convenientemente disfrazado de turista anglosajón, en uno de los más vulgares hoteles de Pera, no haciendo otra cosa sino comer, dormir, deambular por las calles más usualmente recorridas por los turistas. Cualquiera de mis muchísimos amigos y conocidos habría tenido serias dificultades en identificarme con el tipo cargado de tomavistas y folletos, vestido ridículamente y tocado con un ridículo sombrero, que se tomaba reposadamente un *gin on the rocks* en la terraza del café Rükü, en la muy típica y ajetreada calle Beyóglu, mientras contemplaba con plácida expresión el deambular multicolor de gentes y vehículos. Exactamente era mi cuarto día de paz absoluta y, a decir verdad, comenzaba a aburrirme.

La vi aparecer por entre la masa ignara como irrumpe un rayo de sol entre las vedijas de la niebla. Hay mujeres y mujeres. Las más no rebasan el nivel de mi distraída curiosidad de hombre, sé por experiencia que no merecen demasiada atención. Muchísimas de ellas, todo lo que poseen de cierta calidad lo llevan en el escaparate, y es perder el tiempo entrar en su tienda. Pero algunas...

Veinticinco años de vida de gerifalte dan mucha experiencia en todo, mujeres incluidas. Y una especie de sexto sentido, un instinto especial. El mío captó en el acto la llamada desafiante y magnífica de una mujer fuera de serie, y mi atención se exaltó de inmediato.

A simple vista sólo era un espléndido ejemplar femenino como hay en abundancia. Ni demasiado alta ni demasiado flaca, con unas piernas largas y perfectas, un caminar garboso, una melena como a mí me gustan, limpia, larga, luminosa... Vestía discretamente y su minifalda sólo pasaba cuatro dedos de sus rodillas. No necesitaba absolutamente nada más para atraer en el acto cualesquiera miradas... de entendidos en belleza femenina. Le calculé entre veinte y veinticinco años.

La muchacha venía tranquilamente por la acera y cargada con un paquete, con toda la impresión de andar de compras. Justo cuando llegaba a mi altura, un tipo gordo y grasiento, decididamente oriental, que estaba tomándose un café turco, de manera ruidosa, a mi lado, se levantó y dejó libre su mesa. Rápida, la hermosa muchacha la ocupó... casi dándome la espalda. Puso su paquete sobre la mesa, suspiró como con fatiga, se echó la melena atrás con gesto airoso y le pidió en turco, con acento impecable, un refresco de limón al servicial camarero. Luego sacó tabaco.

Me moví discretamente para verla mejor. Era preciosa, de perfil como de frente, sentada igual que andando o inclinándose. El sueño de un guerrero para sus jornadas de reposo. Y entonces, ella, tras darle una larga chupada al cigarrillo, rompió mis ilusiones.

—Buenos días, señor Roldán.

La experiencia debía haberme avisado que encuentros tales, en lugares como aquél, nunca son producto de la casualidad. Contuve mi relativa desilusión y contesté pausado, mientras sacaba tabaco.

—Si la hubiera visto una sola vez, jamás la olvidaría. Pero no la recuerdo.

Me miró de reojo. Sus ojos eran de un color violeta oscuro, húmedos, brillantes, jugosos, estremecedores como una ofrenda de delicias.

—No me ha visto antes nunca. Puede llamarme Amina.

—¿Amina..., nada más?

—¿Necesita más?

—No, en realidad. No para admirarla, pero sí en el caso de que las cosas vayan por donde imagino que van a ir.

Sonrió. Una leve, deliciosa sonrisa.

—No se preocupe. No hay el menor riesgo para usted.

—Si es así, me defrauda. Puesto que me conoce, sabrá que el

riesgo es mi pan de cada día.

—Sé muchas cosas de usted.

—Y yo de usted sólo que es increíblemente seductora. No es justo.

—Tengo un coche esperándome cerca. ¿Le importaría acompañarme?

—Supongo que sería vergonzosamente indelicado preguntarle adonde y para qué.

—Contéstese usted mismo. No suelo hacer tal petición a un hombre.

—Me lo imagino —contesté, echando mano a mi bolsillo, sacando unos billetes y separando el monto de mi consumición y de la suya. Ya el camarero retomaba con el refresco, que dejó encima de la mesa. Le di el dinero y se alejó evidentemente satisfecho, también con una mirada de sorna. Debía pensar en algo tan lógico como poco apto para menores—. Me tiene a su disposición.

Ella bebióse la mitad del refresco, se levantó, recogió su paquete y nos alejamos, seguidos por muchas miradas. Sospecho que todos aquellos turistas y desocupados debían de estar envidiando mi suerte. Con razón.

No anduvimos mucho. Unos doscientos metros más allá, un magnífico automóvil negro, un «Mercedes» último modelo, con chófer uniformado, nos estaba esperando. Entramos y partimos...

De inmediato advertí una serie de excitantes detalles. El automóvil contaba con cristales especiales a prueba de balas y, además, del tipo que permite verlo todo desde dentro mientras por fuera son como espejos opacos. También debía ser blindado. Me volví a mi bella acompañante y sonreí con la boca.

—Bien, Amina. ¿Cuál es el juego?

—Alguien quiere verle y he sido encargada de conducirle hasta esa persona.

—¡Ajá! Por el mensajero puedo inferir al remitente...

—Yo, que usted, no me precipitaría en hacer conclusiones.

—Nunca me precipito. ¿Conozco a esa persona?

—Es posible.

—¿Y... qué desea de mí?

—Creo que hacerle una proposición. Es todo lo que puedo decirle. No tardaremos en llegar.

—¿Y no se tomarán precauciones? ¿Taparme los ojos, drogarme...?

—No hay necesidad de nada de eso.

Su tono era frío, cortés. Hablábamos en inglés, idioma en el que ella se me había dirigido y que dominaba como una discípula del Royal Elizabethan. Sin duda se había educado en uno de esos colegios para multimillonarias y aristócratas de verdad. A mí, que soy un perfecto plebeyo de origen, me encantan esas damiselas refinadas. Sobre todo me encanta hacer saltar su refinamiento y descubrir la clase de hembras que son en realidad. A veces, me he llevado estupendas sorpresas, palabra.

Amina no deseaba que intimásemos demasiado durante el viaje. Era razonable y no insistí. Si habíamos de intimar más, al menos tanto como a mí me gustaría, intimaríamos a su debido tiempo, resultaba tonto precipitar los acontecimientos. Y si no, ¿a qué esforzarse? No sería la primera golosina que mi boca no pudiera paladear.

Entramos en uno de esos enormes jardines cercados que son una de las características de Istambul, en uno de sus barrios más silenciosos y distinguidos. Nos detuvimos delante de un verdadero palacio, como los que ya no puede mantener ningún noble europeo. El chófer se apresuró a salir y abrirle la portezuela a Amina, mientras yo salía por el otro lado. Vi a un importante mayordomo bigotudo, también a un par de tipos positivamente bien armados que permanecían a discreta distancia. Miré al edificio y me pregunté quién diablos sería el turco, o no turco, que me necesitaba y me enviaba tan espléndido heraldo.

Amina me precedió airoosamente al interior, que era tal y como podía esperarse. Los potentados europeos no tienen, por lo general, punto de comparación con los orientales, aunque otra cosa ellos imaginen. Sobre todo, porque los orientales no suelen pagar impuestos a sus gobiernos y porque ha sido en el Oriente donde durante milenios se han estado fabricando las obras de arte más exquisitas, para unas minorías de privilegiados que entendían tanto del arte como de los negocios. Aquélla era la casa de un tipo podrido de dinero y con un gusto exquisito para el arte.

El mayordomo nos precedió a Amina y a mí hasta la entrada de una de las habitaciones, anunciándonos sonoramente al abrirnos la

puerta:

—La señorita Scrofas y el señor Roldán.

Hice una mueca, mirándole de reojo, y seguí a mi bella acompañante al interior de un soberbio salón del más depurado estilo turco imperial del siglo XVIII, repleto de verdaderas joyas y ocupado por un solo hombre. Uno al que reconocí instantáneamente.

Sin embargo, aquel hombre no solía aparecer mucho en fotografías y noticiarios gráficos. Como todos los verdaderamente poderosos eludía la popularidad, dejándosela a armadores griegos enriquecidos y políticos de toda laya. Pero nosotros, los gerifaltes, nos grabamos en la mente los rostros y el *currículum vitae* de todos esos hombres que mueven el mundo desde la sombra o, a lo sumo, la penumbra. Suelen ser nuestros clientes.

Nunca había trabajado para este hombre, al que llamaré, por darle un nombre, Ekrem. No era turco total, su madre había sido armenia. Y sabido es que los armenios enseñaron a hacer negocio a los fenicios. Se le calculaba una fortuna superior a los mil millones de dólares y posiblemente fuese mucho mayor. De hecho, era uno de los doce hombres más poderosos del Medio Oriente.

Físicamente era más bien bajo, recio, de cabellos grises, muy espesos, y ásperos, cejas hirsutas y un bigote grande, recortado. Sus ojos eran pequeños, pero difícil de sostener su mirada. La nariz, grande y corva, la boca grande también, corto y grueso el cuello. Un formidable toro armenio injertado de sultán.

—Bienvenido a mi casa, señor Roldán. Tome asiento. Le agradezco mucho su condescendencia ante mi invitación.

Tenía la voz acorde a su figura, un inglés perfecto y el tono cortés, pero ligeramente desdeñoso. Yo estaba habituado, los amos del mundo siempre lo emplean con nosotros, los gerifaltes. Nos respetan, nos temen, nos necesitan; pero se consideran superiores a nosotros.

También nosotros tenemos una especie de actitud y tono profesionales para tratarlos. Los usé.

—No había opción, usted me envió un heraldo incomparablemente eficaz.

Sonrió apenas.

—Amina es encantadora. Por favor, déjanos solos ahora, Amina.

La muchacha asintió, me miró de un modo rápido, casi furtivo, dio media vuelta y abandonó la estancia, seguida por mi atención. Entonces me volví al poderoso señor Ekrem.

—Sencillamente preciosa.

—En efecto. Ya conozco su buen gusto en materia femenina, por eso le pedí que se encargara de establecer contacto con usted. ¿Un cigarro?

—Gracias.

Los cigarros de Ekrem son inmejorables, pero yo sabía que no me llamó para comprobarlo. Sin embargo, durante unos pocos minutos él y yo mantuvimos un intercambio de cortesías. El lo terminó cuando ya el mayordomo nos había entrado un exquisito café y un no menos formidable licor de cerezas, capaz de tumbar al más pintado.

—Se está preguntando para qué le hice venir, ¿verdad?

—Me hago tal pregunta, en efecto.

—Según mis informes, está actualmente sin trabajo...

—Digamos de vacaciones.

—Tengo un trabajo para usted.

—Magnífico. Tratándose de usted, imagino que no será una pequeñez.

—No lo es. Quiero que prepare una revolución.

—Buena tarea... ¿Dónde, contra quién y en qué condiciones?

—Tendrá toda la ayuda necesaria. Usted deberá coordinar el aspecto militar de la misma, meter en cintura a los díscolos o renuentes y planear el golpe de forma que se apoderen del poder con la mínima violencia. Si hay que matar, se matará luego y legalmente, la revolución ha de ser lo más incruenta posible, absolutamente democrática.

—Entendido.

—Va a ir allí figurando ser un especialista en carros de combate. El actual Gobierno de ese país ha adquirido un par de docenas de carros

«HMG-2»

en Suecia. Todo será arreglado de forma que usted pase por ser un oficial alemán llamado Von Falkberg, al que ya esperan las autoridades militares del país al frente de una pequeña misión de adiestradores. El coronel Kharbi, comandante de la brigada

acorazada, forma parte de los conspiradores y está enterado de su verdadera identidad.

—¿Quién más lo estará?

—En el país, escasamente media docena de hombres. De todas formas no deberá confiarse. Se ha logrado amalgamar a un grupo de jefes militares y dirigentes políticos tan ambiciosos como presuntamente patriotas, todos los cuales sueñan con alcanzar la presidencia rápidamente y, de modo ulterior, enriquecerse no menos aprisa. Tenemos ya seleccionado al que, no obstante, habrá de obtener la presidencia. Su tarea consistirá en impedir que esos hombres ambiciosos se enzarcen entre sí apenas dado con éxito el golpe de mano revolucionario. Para ello deberá seleccionar rápidamente un comando de especialistas mercenarios de su completa confianza. Tiene tres semanas para hacerlo, bastarán dos centenares de hombres, tres a lo sumo. El ejército de ese país está en embrión, apenas si cuenta con seis mil hombres sobre las armas, un armamento heterogéneo que no es demasiado moderno y tampoco han tenido tiempo de manipularlo con la debida eficacia. La oficialidad indígena es en su mayoría deficiente y díscola, pero existe un núcleo peligroso de jóvenes oficiales muy idealistas y xenófobos. No deben, no obstante, constituir un verdadero peligro para usted. Los políticos son como los de cualquier país, de ellos no tiene que preocuparse, con una excepción. ¿Ha oído hablar de Patricio Stacey?

Claro que yo había oído hablar de Patricio Stacey. Asentí y meneé la cabeza.

—Es nuestro hombre. Vamos a colocarlo en la cima, pero desconfiamos de él, es tan ambicioso como astuto y ha conseguido en poco tiempo gran influencia entre las masas. Es posible que en estos momentos esté jugando con dos barajas. De ser así, será eliminado. Pero por ahora no tenemos pruebas de su traición...

CAPÍTULO III

Todo el mundo conoce la inmensa sabiduría política británica. Resulta obvio remacharlo, existen sonadas pruebas de ella a lo largo y ancho del planeta.

En sus grandes días imperiales, los británicos dividían el mundo como a un buey asado, para irse zampando sus mejores pedazos cuidadosamente. Uno de los tales pedazos fue denominado por ellos el Itangui. Ahora sus habitantes, independizados, le llaman oficialmente Magadia, del nombre de la agrupación tribal más importante del flamante país.

La sabiduría política británica se aplicó a trocear el continente africano en grandes tajadas coloniales dentro de las cuales se procuraba que quedasen partidas por gala en dos las grandes agrupaciones tribales, de tal forma que ninguna de ellas fuera englobada dentro de una misma colonia y bajo las mismas autoridades. Esto, naturalmente, estorbaba mucho las sublevaciones.

Pero después de que la vieja Europa probó por segunda vez en este siglo su inmensa capacidad de suicidio, los imperios saltaron en pedazos. La vieja Britania, aunque a regañadientes, comprendió que le había llegado la hora de liquidar el imperio y, una ahora, otra después, fue concediendo independencia a sus colonias... convirtiéndolas democráticamente en naciones libres dentro del Commonwealth y de las fronteras trazadas hace más o menos un siglo en cualquier gabinete del Ministerio de Colonias por media docena de altos funcionarios y altísimos burócratas con la ayuda de una regla graduada y un lápiz, por encima de un mapa. Inútil resulta también insistir acerca de los inmensos males que la burocracia lleva acarreados a la Humanidad.

El resultado es que dentro de las actuales fronteras de Magadia, intangibles y garantizadas por la ONU, la

O. E. A.,

el B. C., los

E. U. A.,

la URSS y no sé cuántas siglas más, aproximadamente la extensión de la propia Gran Bretaña, existen unas noventa y cuatro tribus, pertenecientes a cinco agrupaciones tribales de origen, raza, religión y hábitos diferentes, todas las cuales, por lo demás, cuentan con gran parte del que podríamos llamar conjunto nacional propio radicado dentro de las fronteras no menos intangibles y garantizadas de otros jóvenes y xenófobos países. En Magadia se hablan cinco lenguas importantes —y de diferente raíz filológica— más cincuenta y dos dialectos tribales. Por eso el idioma oficial es el inglés, que, por cierto, sólo habla, escribe o, al menos, entiende, un diez por ciento de la población. Según las más recientes —y nada seguras— estadísticas, hay unos tres millones y medio de musulmanes, divididos en dos sectas de casi idéntica proporción numérica, dos millones y pico de cristianos, divididos en unos quinientos mil católicos, cien mil coptos, trescientos ochenta y cuatro mil ciento doce evangelistas, noventa y cuatro mil noventa y un metodistas, ciento catorce mil trescientos once presbiterianos y cantidades parecidas de anabtistas, anglicanos, reformistas y otras sectas protestantes, famosas por el rigor de sus estadísticas oficiales; unos tres millones y medio de paganos, entre los cuales existen, y a veces coexisten, toda la gama de creencias... En resumen, Magadia es un verdadero paraíso para un tipo con aficiones de gobernante.

En la decena escasa de años que lleva independiente, Magadia ha conocido cinco golpes de estado, una breve guerra civil y ocho presidentes, todos ellos absolutamente demócratas, al menos a juzgar por sus declaraciones. El país no es ni rico ni pobre, sino todo lo contrario. Posee grandes yacimientos de minerales, en su mayoría sin explotar, tierras muy fértiles en el centro, grandes bosques al Sur, grandes sabanas al Norte, una ganadería irracional y abundante, escasa y caóticamente distribuida industria...

La riqueza, tal y como sucedía en los tiempos coloniales, pero ahora más, se halla en manos de varias importantes firmas británicas, norteamericanas, alemanas y de capital nebuloso,

internacional. También hay una «élite» de nuevos ricos indígenas, todos ellos, sin excepción, altos y ex altos funcionarios, grandes burócratas, jefes militares y cabecillas políticos. Aparte están los jefes de las tribus, exentos de impuestos y muy poderosos. Lo demás, el pueblo, como mandan los cánones permanece en una miseria infrahumana, trabaja, sufre, paga impuestos y espera de un próximo cambio de equipo en la cumbre un alivio a sus muchos males. En eso, los magadianos no se diferencian nada de los europeos supercivilizados.

El ejército es una filfa. Así, como suena. Con decir que su jefe supremo, el orondo general Rashad, era en tiempos de la colonia cabo de la policía militar, creo que basta. Eso sí, tiene armas para equipar al triple de su nómina humana; pero o esas armas son anticuadas o, cuando son modernas, carecen casi por completo de repuestos. En cuanto a los hombres...

El ejército de Magadia cuenta actualmente con tres generales en activo y nueve retirados a la fuerza, ocho coroneles en el primer caso y veintiséis en el segundo, doscientos catorce y quinientos veintitrés oficiales, en ambos respectivamente. Y un total real de cinco mil ciento treinta y dos clases y soldados. El presupuesto militar del país se come el diecisiete por ciento del total —el cinco para Educación— y del mismo la mitad, más o menos, va a pagar sueldos o se volatiza entre las habilísimas manos de los pagadores de toda graduación. El material bélico suele adquirirse a crédito y con garantías de concesiones sobre las riquezas económicas del país. Cada presidente en el poder lo compra —con sustanciosas comisiones personales y para sus compinches— en los países de su agrado o a los comerciantes que financiaron su subida. Como se ve, todo muy vulgar.

Yo había estado otras tres veces anteriormente en Magadia, pero hacía mucho tiempo de la última. Unos hábiles retoques fisiognómicos, un convincente teñido del cabello, un hermoso bigote militar y mi profundo conocimiento del idioma de mi madre me permitieron pasar sin ninguna dificultad por el comandante Karl Friedrich von Falkberg, retirado de la moderna Whermatch y experto en carros de combate, jefe de la flamante misión que debía instruir del manejo de los tanques suecos —fabricados con licencias alemanas occidentales— que el Gobierno de Magadia había

recientemente adquirido para su recién creada brigada blindada.

Pero antes de llegar a Magadia yo había tenido que trabajar mucho en los preparativos del plan cuya ejecución me tocaba concertar. Por lo pronto, y como es de rigor, marché a Suiza directamente desde Istambul.

Me gusta Suiza, aunque no los suizos. Ese confortable y aséptico pueblo de relojeros archiimbuidos de sus muchísimas virtudes se me encasquilla en la boca del estómago. Viven demasiado bien, demasiado felices, a costa de los demás. En cambio, debo admitir que han sabido como nadie convertir su pequeño y poco fértil país en un magnífico sanatorio para neuróticos y otros enfermos por el estilo.

Además poseen los Bancos más seguros del mundo. En uno de ellos tengo yo mis ahorrillos. En otro, la cuenta corriente oficial. Tengo también amigos, claro.

Uno de ellos vino a visitarme cuando apenas si me había quitado la chaqueta en mi habitación del hotel Trois Fontaines, de Ginebra, que suelo ocupar en mis visitas a tan bella ciudad.

—Confío en que su venida aquí tendrá por objeto único el de pasar unos días de descanso apacible, Roldán.

Habida cuenta de que mi amigo era inspector jefe del Servicio Especial, encargado de la Sección 3 —extranjeros peligrosos—, asentí con mi mejor sonrisa y toda ingenuidad.

—Mi querido inspector Chapelle, le doy mi palabra de honor de que en efecto, tales y no otros son mis proyectos. ¿Cómo podría yo osar turbar la paz de esta bella ciudad con manejos más o menos delicuescentes?

Ningún suizo tiene sentido del humor y menos que nadie un inspector de policía. Chapelle me advirtió que tuviera buen cuidado con mis movimientos porque a la más mínima sería expulsado del país y no se me permitiría volver. Como más o menos las mismas palabras me las habían dicho treinta o cuarenta veces antes él y sus antecesores en su empleo, la advertencia fue tomada en lo que valía.

A las dos horas de mi llegada sonó el teléfono de mi habitación.

—Hola, querido. Acabo de enterarme de tu regreso, he deseado ser la primera en darte la bienvenida... ¿Vendrás a verme?... A las diez.

Si estaba alguien escuchando la conversación —y debían estarlo — solo podrían sacar en claro que una mujer me citaba, a las diez, en alguna parte de ambos conocida. Colgué, me vestí y abandoné el hotel tranquilamente. A los cinco minutos ya me sabía seguido, al menos por dos personas.

Me fui tranquilamente a la central de Correos, a «Lista», saqué mi flamante pasaporte y solicité la entrega de una carta certificada a mi nombre. Me la entregaron y salí a la calle.

Sabía que en la primera oportunidad intentarían arrebatarme aquel sobre. Me hice, pues, el distraído, el paseante errabundo sin nada que hacer salvo matar el tiempo...

Me cayeron encima en la rue Des Poissons, una primorosa callecita de los alrededores de la catedral de San Pedro. Estaba prácticamente solitaria a la sazón, al menos en aquel tramo. Ni siquiera había ruidos.

Primero vinieron hacia mí los dos bigardos de caras indiferentes. Mientras encendía mi pipa inglesa, por medio de un espejito retrovisor vi aparecer a mi espalda otros dos. No me menospreciaban...

El tipo que venía a la derecha hacia mí se llevó una muy desagradable sorpresa cuando recibió en pleno ojo izquierdo el violento chorro de jugo concentrado de tabaco que le disparó — llega a dos metros y medio de distancia— mi historiada pipa de boj, por medio de un mecanismo automático, al apretar yo determinado punto con mis dientes. Gritó y dejó en paz su pistola, llevándose ambas manos a aquel ojo.

El otro estaba a medio sacar su pistola cuando le descargué un puntapié —boxeo *thai*— en la parte más dolorosa de la rodilla. Encogió la pierna, maldijo... y antes de que pudiera hacer nada le metí el puño izquierdo en el plexo solar, descargándole acto seguido el filo de mi mano derecha sobre la oreja izquierda.

Un instante después alguien me pegaba con una porra de goma dura en el occipucio.

Soy duro, pero un golpe así, propinado por un experto, acaba con cualquiera. Cuando me desperté, estaba sentado contra la pared, me atendían una mujer anciana y una joven no mal parecida, ni muchísimo menos, y dos hombres, todos los cuales estaban convincentemente alarmados y excitados.

—¿Se encuentra bien, señor?

Me encontraba lo bastante bien para agradecer al cielo mi hermoso despertar, así se lo dije a la joven de mirada solícita y me incorporé con su ayuda y la de los hombres.

—Me atacaron unos granujas... Recibí un golpe...

La mujer de edad lo había presenciado todo desde el interior de su pequeña mercería. La joven, según afirmó, acababa de salir de la catedral y venía calle arriba, cuando al doblar la esquina vio escapar a toda prisa a mis atracadores, dos de ellos, al parecer, maltrechos.

—El caballero se defendió bravamente, pero ellos eran cuatro y le golpearon por detrás, dos veces. Luego, lo han desvalijado...

Me habían quitado el sobre que acababa de recoger, la cartera y el reloj de pulsera. Eran buenos profesionales, sin duda, y actuaban siguiendo instrucciones muy concretas. Agradecí debidamente su ayuda a las personas que me la estaban prestando, cuando llegó uno de los estólidos y meticulosos policías de Ginebra, llamado al parecer por alguien, di mi filiación y reseñé lo que me habían robado...

Poco después caminaba hacia la parte más moderna de la ciudad, sin prisas, llevando a mi lado a Amina Scrofas.

—¿Le duele mucho?

—Lo justo. ¿Qué hace usted en Ginebra?

—Estoy disfrutando unas cortas vacaciones. Mi nombre, ya lo ha oído, es Silvia Castaign y soy secretaria de un alto cargo en una importante firma comercial de París.

Eso le había dicho al policía. Ni sus ojos ni su cabello eran los mismos que en Istambul, pero eso nada importaba. Mi corazón sentíase alegre con su presencia.

—Sabíamos que le seguirían los pasos, por eso se planeó lo del sobre. Usted ha trabajado de modo espléndido.

Yo lo sabía. Los tipos que acababan de sacudirme Y robarme iban a contar a sus empleadores cómo peleé y a ninguno de ellos les quedarían dudas acerca de la importancia y seriedad de lo contenido en aquel sobre. Cuando lo leyeran, descubrirían que estaba contratado para alzar y dirigir una partida de guerrilleros en la frontera irano-iraquí. Cuando yo desapareciese de la circulación, sus miras irían hacia allí, tanto por aquel informe «secreto» como

por los movimientos de algunos.

—Ahora puede ir tranquilamente a cobrar su dinero.

Me habían hecho un favor robándome la cartera, donde no llevaba nada importante ni esencial, salvo unos centenares de francos suizos en billetes.

—¿No querrá acompañarme? Porque nada es más lógico que el que invite a una gentil muchacha que corrió en mi auxilio...

—Esta gentil muchacha esperará su llamada e invitación en su hotel dentro de, digamos, dos horas justas. Conviene que nos oigan concertarla. ¿Qué hace?

—Termino de comprobar que no me aplicaron ningún chisme diminuto y ultrasensible a la ropa o al cuerpo.

—Oh... Bien, señor Roldán, esperaré su llamada. Y espero que se le pase pronto el dolor de cabeza.

Habíamos llegado a una calle muy concurrida. Llamó a un taxi, subió y me dejó solo. La fiesta había comenzado...

CAPÍTULO IV

En mi Banco oficial, saqué mil francos suizos y comprobé debidamente el ingreso, en mi cuenta a la vista, de la bonita suma de cien mil dólares, enviada por una firma comercial alemana o, mejor dicho, por su representante personal. Naturalmente los funcionarios del Banco no se habían molestado en comprobar si de veras existía aquella firma comercial.

Ordené de inmediato el traslado de aquella suma a mi cuenta cifrada de otro Banco, por cierto filial de aquél, con todos los requisitos usuales en tales casos. Podría ser que las gentes interesadas en conocer mis andanzas futuras tuviesen un espía dentro de aquella sucursal bancaria, pero de ningún modo podrían conocer el total de mis ahorros en la cuenta cifrada y, mucho menos, conseguir acceso a la misma.

Me fui a mi hotel, cerré la puerta y me dediqué, con un aparatito inventado por un amigo mío, japonés, sumamente útil, a averiguar cuantos chismes electrónicos me habían colocado dentro del cuarto, o fuera, en un radio de cien metros de distancia. Hallé tres, todos muy ingeniosamente escondidos, en la habitación, uno en la parte exterior, arriba, de la ventana y otro en el baño. No estaba mal, me daba la medida del interés que despertaba.

Los dejé en su sitio, naturalmente. Y cuando reapareció el inspector Chapelle me comporté como un pacífico y adolorido ciudadano.

—Cuatro tipos rudos me acometieron, me golpearon y me robaron la cartera y el reloj. Desde luego, la seguridad del ciudadano en Ginebra deja bastante que desear.

—Usted no es un ciudadano de Ginebra ni de ninguna parte, Roldán. Y, ¿está seguro de que sólo le robaron la cartera y el reloj?

—¿Le parece poco?

—Poco antes había recogido un certificado en lista de correos.

—Ah, vamos... Ustedes los policías secretos siempre pensando lo peor... Aquí tiene el sobre y también su contenido, puede leerla. Mi apostador en Londres me envía un estado de cuentas y me solicita provisión de fondos. Supongo que no constituye delito en Suiza...

Amina me había entregado aquella carta, cuyo sobre y matasellos, dirección... eran idénticos a los del robado. Chapelle tuvo que rendirse a la evidencia.

—Averiguaremos lo que haya de cierto en todo esto, Roldán. Y como sea lo que imagino...

—¿Por qué no deja de amenazar a la víctima y se ocupa de descubrir a los agresores?

—Estamos haciéndolo. Esos cuatro subieron a un coche que los esperaba a la salida de la calle. El coche era robado, ya lo encontramos. No dejaron huellas dactilares. Demasiado perfecto para tratarse de rateros vulgares.

Dejé que se explayase a fondo y los escuchas tomaran buena nota de nuestra conversación. Cuando se fue, llamé a Amina y me concerté con ella. Mis espías debían conocer muy bien mi afición por las mujeres especialmente atractivas. Una bonita secretaria francesa de vacaciones era la mejor panacea para un par de duros golpes en la nuca.

Llevé a Amina a almorzar al Marbella. Tienen una formidable cocina española, son lo bastante caros para que la clientela quede seleccionada y no iba nadie a poder molestarnos allí. Pero, por si acaso, me eché al bolsillo otro pequeño artilugio que, puesto en movimiento, iba a hacer polvo cualquier intento de escuchar nuestra conversación, al menos aquella parte de la misma que no me conviniera que escuchasen.

Amina apareció radiante de belleza, distinción y femineidad. Además, como a mí me gustan las mujeres, discreta. Se lo dije, naturalmente, y pareció halagada. Luego me halagó a su vez.

—He estudiado sus gustos a fondo, Roldán. De modo que procuro amoldarme a ellos.

—No sé cómo tomarlo, la verdad. Preferiría conocerla tal y como es.

—Y yo prefiero que no lo consiga jamás. También conozco a

fondo su fama.

Suspiré. Y le conté mis descubrimientos en el cuarto, así como mis precauciones. Íbamos dentro de un taxi y mi hermoso mechero, de traza más bien vulgar, funcionaba a maravilla.

—Es interesante. Ha debido haber alguna filtración...

—Procuren encontrarla. No me agrada nada recibir una cuchillada, un balazo o una sobredosis de veneno en la sopa, antes de haber realizado la tarea cuyo anticipo acabo de cobrar.

—Estamos muy interesados en que tal cosa no suceda.

—No más que yo. Bien, sigamos con mi plan. Voy a cortejarla descaradamente. ¿Cómo se propone reaccionar?

—Me mostraré desconfiada y excitada. Lo lógico en una joven secretaria de vacaciones que tropieza de repente con la aventura de su vida, en forma de un arrogante tipo de gallo viejo con duros espolones.

—Bien. Insistiré, le tenderé los consabidos lazos...

—Resistiré como una heroína.

—Cuando la bese...

—Me dejaré besar, hasta puede que conteste a sus besos.

—Y después...

—Seguiré siendo heroica. Soy una chica honesta, con la cabeza bastante firme sobre los hombros, aunque muy romántica, lógico a mi edad.

—Sin embargo, yo siempre suelo salirme con la mía.

—No en este caso. Huiré en cuanto comprenda que mis defensas están abatidas, que usted me domina y puede arrastrarme. Huiré inesperadamente, desapareciendo sin dejar rastros.

—La buscarán en París.

—Si lo hacen, encontrarán a la verdadera señorita Castaign.

—¿Es tan fascinadora como usted? Tal vez podría resarcirme de mi fracaso aquí.

Por primera vez vi aquella chispa agresiva en sus ojos.

—Ni lo sueñe. Usted me olvidará al instante, como olvida a todas, y se esfumará, pero en muy distinta dirección.

Lo dijo poniendo acero en su voz, tono de mando. Yo acababa de cobrar un anticipo de cien mil dólares por realizar mi tarea y tenía que realizarla. Una vez en acción, las mujeres, cualesquiera que fuesen, incluso Amina Scrofas, se convertían en meras piezas

del juego.

Almorzamos en el Marbella y, durante las siguientes setenta y dos horas, aquellos que me vigilaban pudieron empaparse a fondo de todas las circunstancias de mi idilio con la secretaria parisiense. Eran excelentes profesionales, muy bien entrenados, pero cayeron en la trampa. A ella no la molestaron, aunque sin duda la pusieron bajo vigilancia. A mí tampoco, ya.

Fue divertido y excitante. Demonios, llegó a encabritarme aquel juego. En su papel de muchacha romántica y honesta, metida de cabeza en una aventura como ésas con las que sueñan todas las secretarias del mundo, Amina demostró ser una actriz espléndida, sensacional; y también una de las mujeres más fascinadoras y deseables que yo haya conocido. Como llevó su papel a rajatabla, pues quedé con la miel en los labios. Y qué miel... Me habían bastado unos pocos lengüetazos para desear zamparme todo el tarro. No me dejó.

Me dejó una carlita totalmente adorable, romántica, femenina y convincente. Hasta había gotitas de agua, remedando lágrimas, emborronando algunas palabras.

«Perdóname, pero no quiero arriesgarme más. Sé que sufriría demasiado, tu mundo no es el mío, sólo iba a ser capricho, una agradable aventura de paso... Pero para mí sería el amor único, lo sé...»

Desapareció sin dejar rastro y desconcertando a nuestros espías, lo sé. Por mi parte, aquella jugada había terminado y me dispuse a dar el paso siguiente.

Les cogí por sorpresa también. Me seguían en canoa por el lago y por las orillas con automóviles y potentes gemelos de campaña, pero carecían de inventiva. Me vieron, simplemente, realizar patinaje acuático como un buen burgués de vacaciones. Me vieron fallar y chapuzarme...

No pudieron hacer absolutamente nada cuando me hundí en las frías aguas del lago Lemán, mientras el tipo que había estado esperándome entre allí abajo, convenientemente embadurnado con grasa para contrarrestar la frialdad del agua, emergía precisamente donde yo daba poco antes el chapuzón. Naturalmente, él también llevaba los esquís. Era un experto, aún más que yo, que me los había descalzado en diez segundos, entregándoselos.

Mientras nuestros vigilantes continuaban vigilando a aquel hombre, que se alejaba haciéndose pasar por mí, nadé vigorosamente hasta un pequeño yate que bogaba apenas a unos cien metros de distancia. Claro que no todo el tiempo por debajo del agua, no soy ningún *superman*. Pero sé cómo sacar la boca y las narices para tragar el aire necesario sin que ni el más listo me descubra debajo del agua a cincuenta metros de distancia.

Para cuando los tipos que me vigilaban advirtieron el cambiazó, yo me encontraba ya en la orilla, subiendo a un automóvil que me condujo a un pequeño prado donde aguardaba un helicóptero. Veinte minutos después de mi salida del agua, estaban sobrevolando el lago Lemán, hacia el Oeste...

Había comenzado de veras mi trabajo.

Veinticuatro horas después, me reunía en un *bistro* parisiense de la Rue Flavier con cinco hombres, todos los cuales habían sido convocados, a mi indicación, por agentes de Ekrem. Ninguno de ellos era exactamente un gerifalte, formaban en la cofradía de los soldados de fortuna; pero eran de mi absoluta confianza, habían colaborado conmigo en muchas ocasiones y sabía que no necesitaba muchas explicaciones para hacerme de ellos entender. Uno era español, otro inglés, otro alemán, otro chileno, el quinto japonés. Cada uno de ellos valía por veinte hombres normales en cualquier emergencia y estaba capacitado para dirigir a un batallón de mercenarios en cualquier teatro de guerra.

El punto de reunión fue un sótano húmedo y fresco. Teníamos el mejor coñac de Francia y los mejores tabacos de Cuba sobre la mesa. Una agradable reunión de amigos.

—Necesito doscientos cincuenta hombres de toda confianza para dentro de quince días. Cada uno de vosotros se encargará de reunirme cincuenta y que parezca que lo hace para irse a un punto diferente de los muy calientes del planeta. Tú, Ojeda, al Zambeze; tú, Rutchie, al Líbano; Dreyer, tú al Pakistán; Matsuka a Thailandia, y Estrada al Brasil...

Marqué a cada uno de ellos sus rutas de marcha y todo lo demás, sobre todo remachándoles la absoluta necesidad de guardar el secreto incluso con sus hombres.

—Una vez tengáis a la gente en ruta hacia los lugares presuntos, por grupos de cinco, fingiréis cada cual ir hacia los puntos para

donde se supone que vais a actuar...

Los cinco me escuchaban atentamente. No tomaban notas, no lo necesitaban. No me iban a fallar ni en un milímetro.

—Los hombres serán recibidos en los puntos indicados por agentes que se encargarán de transportarlos por vía rápida y secreta aquí, a Keilak. Se trata de un antiguo campo de instrucción de los ingleses, largo tiempo abandonado. Está siendo reacondicionado, en apariencia para convertirlo en campo de instrucción para los tanquistas de Magadia. No hay nada en veinte millas a todo alrededor y, cuando lleguéis allí, seréis inmediatamente equipados y armados. Formaréis cinco secciones, una para cada uno, e inmediatamente os pondréis a la tarea. Quiero que esté la tropa lista para el veintitrés de octubre.

Luego les hablé de algo fundamental para un mercenario.

—El plan calcula dos meses, tres a lo sumo, entre el comienzo del reclutamiento, o sea hoy, y el final de la tarea. Los hombres cobrarán mil dólares mensuales limpios si no hay que combatir o sólo se trata de alguna escaramuza sin importancia. Si hay combates, dos mil quinientos dólares mensuales. Para vosotros hay tres mil mensuales, cobrables por anticipado, y siete mil quinientos si hay combate. Los gastos de reclutamiento y demás son aparte.

Era el lenguaje que entendían y sabían que en mí podían confiar. Yo sabía que podía hacerlo en ellos y que, dos semanas más tarde, tendría a mi disposición doscientos cincuenta mercenarios de primera clase, poderosamente armados, en el perdido rincón de Magadia llamado Keilak, a doscientas millas al Norte de la capital, lejos de toda posible fiscalización por los desprevenidos gobernantes del país. Llegado el momento, ellos, con los veinte tanques suecos y unas cuantas unidades del flamante ejército magadiano, formarían el núcleo de una democrática insurrección del pueblo de Magadia que derrocaría, sin mucho esfuerzo, al Gobierno, colocando en su lugar al joven, brillante y ambicioso líder de las masas populares, Patricio Stacey.

Que es como suele escribirse la historia.

CAPÍTULO V

Desde París marché a Bremen y, allí, me convertí en el coronel Von Falkberg. El verdadero coronel, todo un caballero, había tomado con filosofía la situación. Después de todo, la alternativa que se le presentó era como para vacilar poco. Dos balas en la nuca o diez mil dólares en la cuenta corriente. Si aceptaba lo segundo iba a pasarse una temporada recluido en una cómoda prisión, convenientemente vigilado.

Descubrí que tenía un inesperado parecido físico con el comandante, cosa que también a él le sorprendió. Tras teñirme el cabello y recortarme adecuadamente el bigote que me había dejado, un experto maquillador, que en adelante acentuaría como mi ayuda de cámara y me seguiría a Magadia, me convirtió en un doble casi exacto del oficial germano. Durante setenta y dos horas estudié concienzudamente su *dossier* y también su modo de hablar, de moverse y todos esos detalles que resultan esenciales.

Después me reuní con los restantes miembros de la misión.

Muchos pensarán que pongo todo demasiado fácil. Se engañan. No es que fuera fácil, sino que quienes me habían contratado disponían de una fabulosa gama de medios y, con ellos, ciertamente resultan fáciles las cosas. Por ejemplo, el comandante Von Falkberg había sido nombrado para su misión no por otra razón, sino porque yo me parecía físicamente.

Me reuní con la misión técnico-militar que debía asesorar al ejército magadiano sobre el empleo de los tanques suecos y nadie, absolutamente nadie, descubrió la superchería. Sin embargo, yo ya sabía que al menos uno de los miembros de la misión era un agente secreto de determinada gran potencia... y determinados grandes intereses. Tenía que descubrirlo antes de que él me hiciera fracasar.

Cuando lo descubriera...

Hicimos el viaje sin novedad. Y en el aeropuerto de Zankia, capital de Magadia —antigua Victoria City de la época colonial— obtuvimos una fastuosa recepción por parte del propio presidente y buena parte de su Gobierno. No me cupo el honor de hacer el discurso de respuesta a los suyos y salí adelante con los consabidos lugares comunes. A un militar, después de todo, no suele exigírsele demasiada elocuencia.

Luego, ya se sabe. Recepciones y banquetes. La nueva aristocracia indígena, curiosa y divertidamente parecida —salvadas las distancias— a aquella caleidoscópica que se creó el gran Napoleón con tenderos, lavanderas y viejos *sansculottes*, era como todas las nuevas aristocracias, bullanguera, fanfarrona, desmedida, glotona de todo aquello que jamás pareció iría a estar a su alcance, ridícula en su inmensa vanidad. Cuatro quintas partes eran negros, pero también abundaban los nilóticos. Por cierto que entre las mujeres de éstos dábanse espléndidas bellezas casi faraónicas. Como la joven y esbelta esposa del ministro de Planificaciones, con la cual me unió rápidamente una afinidad que yo no diría fuese del todo espiritual.

El comandante supremo del ejército, general Rashad, resultó ser un negro gordo, astuto, con ciertas condiciones militares, sin duda un buen comandante de batallón. Tenía esa congénita desconfianza del negro hacia el blanco y me la demostró con bastante hipocresía. Iba a verse delante de un paredón muy pronto, acusado de robar el equivalente a quince millones de dólares en suministros militares de todo tipo. Además, era verdad.

Me gustó el coronel Kharbi. Yo le había conocido, de fama antes que *de visu*, en dos de mis anteriores visitas al país. El, naturalmente, me conocía también de fama y *de visu*, aunque ambos nos tratábamos de modo directo y confidencial por vez primera. A nadie podría, por otra parte, extrañar o escamar si hablábamos largo y tendido, siendo él quien estaba al mando de la aún embrionaria brigada acorazada y yo el jefe de la misión de técnicos encargada de asesorar y enseñar a sus hombres el manejo de los tanques.

Kharbi era un nilótico de pura raza, musulmán poco fanático, hijo de un pequeño subjefe tribal del noroeste del país con más

hijos que tierra, y tenía más o menos mi edad. Había sido soldado voluntario en el ejército colonial británico, llegando a sargento por méritos castrenses y, al independizarse su país, fue de los que tomaron a su cargo organizar el ejército. Pasó seis meses en una academia militar inglesa, retornó para ser ascendido a capitán, se mantuvo al margen de ambiciones políticas y pronunciamientos durante algunos años, pero eso no le sirvió de mucho y uno de los tales pronunciamientos, por envidias cuarteleras, lo mandó a la vida civil. Durante dos años y medio se ganó la vida en Europa, trabajando como especialista en una fábrica de automóviles, otra de carros blindados... y devorando escritos militares de todo género. Alguien se fijó en él y lo señaló a ciertas personas poderosas que tenían intereses en Magadia. Por eso cuando hubo una nueva revolución reingresó aprisa en el casi inexistente ejército, ascendiendo a teniente coronel. Otro golpe de Estado lo hizo coronel y le encargó de planificar la reorganización de las fuerzas armadas del país. Desde su flamante cargo tuvo ocasión de ver cómo sus esfuerzos se iban al traste uno tras otro, envueltos y devorados por la hidra burocrática y la insaciable hambre de beneficios rápidos de los que tenían eventualmente la sartén por el mango. Eso lo convirtió en conspirador. Era en el fondo un idealista.

Físicamente, un hombre guapo. De tez oscura y afiladas facciones, con la nariz un tanto aguileña y la boca fina, mucho más educado que la inmensa mayoría de sus colegas de uniforme, atraía a las mujeres, pero decíase que era totalmente fiel a su esposa, a quien había conocido cuando trabajaba en Europa. Ella no era guapa, tampoco fea, sí demasiado inteligente. De ideas revolucionarias, encantadora de trato y muy femenina, hija de un poderoso jefe de tribu al que había salido «rana» y que la desheredó por eso, negándose a reconocerla como hija, se costó estudios de Ciencias Políticas y Económicas trabajando como camarera por las noches y durmiendo seis horas diarias, tomó parte en todas las «contestaciones» de su época y estuvo dos veces a punto de ser expulsada del país británico. Estaba al parecer profundamente enamorada de su esposo y era su ninfa Egeria, según mis informes. Ambiciosa, pero noblemente, le había dado dos hijos y parecía decidida a darle un relevante puesto en la política de su país.

—Ya los ve —me comentó Kharbi en uno de nuestros primeros apartes, con su cuidadoso inglés esmaltado de palabras populares y un tono amargo, en el que nadaba su cólera—. Un verdadero circo de vanidades ridículas y ofensivas.

—Sucede exactamente igual en todos los otros jóvenes países del Continente, coronel; y si me apura, en todos los del mundo.

—Los otros países no me importan, sí el mío. Pienso en lo que podríamos hacer con los millones que se despilfarran.

Hablaba como un demagogo, pero no lo era. Sonreí y lo tanteé.

—Están haciendo algo. Le han traído veinte excelentes carros blindados para su brigada.

Me miró a los ojos. Una franca mirada la suya.

—Le supongo enterado del estado de mi famosa brigada, mayor. Tengo a mis órdenes cuarenta y tres jóvenes oficiales deficientemente instruidos en técnica, táctica y estrategia de blindados, más ochocientos hombres de tropa en su mayoría analfabetos. Rashad y el ministro de las Fuerzas Armadas no desean que me haga demasiado poderoso.

—Para eso precisamente estoy aquí. Yo y otros.

—Eso espero. ¿Qué hay de ése comando mercenario? No me gusta tener que recurrir a mercenarios blancos, pero como militares sé que cada uno de ellos vale por diez de los soldados del país.

—Por treinta, o tal vez más —le retuqué suave—. Y no todos esos mercenarios son blancos, también los hay negros, mestizos, amarillos... Nosotros no tomamos en cuenta la raza, la religión ni la bandera, coronel.

Aceptó el palmetazo.

—Discúlpeme. No soy racista ni xenófobo, sólo patriota. Para mí sí tiene importancia mi bandera, tal vez porque es tan nueva como esperanzadora.

—Y a mí me parece perfecto. Dentro de unas pocas semanas, coronel, usted podrá desfilas por las calles de esta ciudad a la cabeza de una unidad acorazada realmente eficiente, aunque pequeña. Suficiente, bajo su mando, para meter en cintura a políticos venales y ambiciosos.

—Sólo busco el bien de mi país. Y no todos esos políticos van a dejarse amedrentar por mis blindados.

Yo sabía hacia dónde iban sus tiros.

—Eso sucede siempre, coronel. Hay que contar con ello.

—Conozco su fama, mayor. Y sé que se ha metido en esto profesionalmente, sin ninguna clase de prejuicio.

—Eso puede tenerlo por seguro.

—En tal caso permítame decirle una cosa. Vigile a Stacey. Ese mestizo tiene demasiada ambición y no desea ser una simple marioneta, un hombre de paja en las manos de quienes van a auparlo al poder.

—En tal caso demostrará ser un estúpido, Kharbi. Mi experiencia me ha demostrado que todo político, en el mejor de los casos, sólo puede aspirar a ponerles el pie en el cuello a sus connacionales. Pero por lo demás, baila al son que le tocan los que de veras tienen el poder en el mundo.

—También sé algo de eso, Roldán. No me gusta, pero tampoco me agrada que la tierra al norte de este país sea improductiva y no puedo evitarlo, ni nadie. El águila vuela, el león caza...

—... Y al cordero se lo comen el águila, el león y el hombre —le terminé un antiguo refrán de su tierra natal. Sonrió.

—Creo que nos comprenderemos bien, mayor Von Falkberg... Y ahora, entremos en el *carrusel*, no conviene despertar demasiadas sospechas. Por suerte, aquí está mi esposa, con alguien a quien no conozco, pero que es encantadora, sin duda.

Me volví... y vi a Amina.

Decir que me sorprendió sería excesivo. Sabía por intuición que iba a volver a verla pronto, pero no esperaba tan pronto. Venía con la señora Kharbi, una mujer más bien menuda, no exactamente hermosa sin estar, ni mucho menos, desprovista de belleza, y cuyo más relevante detalle físico eran dos grandes ojos oscuros de mirada aterciopelada, magnética, capaces de enamorar a un hombre por sí solo. Ambas vestían con encomiable discreción que resaltaba en aquel carnaval de nuevos ricos.

—Os vimos tan serios que pensé os convenía nuestra presencia —fue el saludo de la señora Kharbi, dirigido a su esposo en apariencia. Ella y yo ya habíamos sido presentados, ahora me presentó a su acompañante.

—Mayor, permítame presentarle a la señorita Francelli. Le advierto que es periodista y temible, a más de bella y seductora.

—Lo último resulta demasiado evidente. Lo primero no lo pongo

en duda —respondí, tomando la mano que me tendía Amina con una de sus especiales sonrisas y juntando mis tacones al viejo estilo prusiano—. Espero que no se encarnice demasiado con un pobre soldado.

—Dios me libre. Sólo le haré preguntas indiscretas, como, por ejemplo, ¿está casado, mayor Von Falkberg?

—No, gracias a Dios.

—¿No es usted partidario del matrimonio?

—El matrimonio me impediría cortejarla ahora.

—Cuidado, señorita Francelli. Recuerde que se trata de un experto en blindados —rió la esposa de Kharbi; y eso sirvió, ya, para que los cuatro formásemos un alegre grupo a la vista de cualquiera.

Más tarde me las arreglé —¿o fue ella quien se las arregló?— para quedarme a solas con Amina. Le tendí una copa de champaña francés, caro y helado, mirándola a los ojos, repletos de inocencia.

—Cambia de nombre e identidad como de camisa.

—Está muy atrasado en noticias de moda, mayor. Las mujeres ya no usamos camisa, ni aun para dormir.

—Moda que no me disgusta nada, a decir verdad. ¿Qué diablos hace ahora aquí?

—Ya oyó a la señora Kharbi. Soy periodista, corresponsal de varios periódicos y revistas europeos, una especie de Oriana Fallacci de tercera fila, por ahora. Pero muy ambiciosa, con deseos de llegar a la cumbre.

—¿Y piensa conseguirlo dando información caliente sobre el golpe de estado en Magadia?

—Mucho temo que no. Magnífica, su caracterización. Ha engañado a casi todo el mundo.

—¿Casi, solo?

—No olvide que soy su ángel tutelar. Acabo de recibir la noticia de que los norteamericanos y los rusos ya conocen la suplantación. Sentí un cosquilleo en la nuca.

—Magnífico. ¿Ya se sabe quién se lo informó?

—Desgraciadamente, aún no. Uno de los miembros de la delegación trabaja para los rusos, pero no puede conocerla, pues tampoco conocía personalmente a Von Falkberg.

Me dio el nombre de cierto presuntuoso oficial sueco hasta

entonces muy interesado en serme simpático, y añadió:

—Sospechamos de uno de los principales conspiradores, pero aún carecemos de pruebas y no es cosa de precipitarnos. ¿Usted tiene algo que informar?

—Acabo de llegar, como usted sabe, y estoy en plena ofensiva de relaciones públicas. Simpática y encantadora, la señora Kharbi.

Amina me miró fijo.

—Vale más que su marido, incluso. Ella es quien lo anima, sostiene y empuja.

—Así parece. Pero a mí me agrada ese hombre.

—Es uno de los pocos oficiales sanos del país. Un idealista y un soldado, no le agrada poco ni mucho la política. A mí también me gusta ese hombre y no me sorprende que hayan congeniado, porque tienen bastantes puntos de contacto.

—¿Debo suponer que eso significa que le gusto?

—Usted no necesita adulaciones, Roldán. Hablemos en serio. La situación se ha complicado inesperadamente. Los americanos y los rusos conocen a estas alturas casi todo nuestro plan de acción y no hay duda de que estarán apresurándose a contrarrestarlo. Políticamente este país tiene gran importancia en el juego de las superpotencias. Económicamente también...

—¿Quiere decir que pueden quemarnos la tortilla?

—Y a nosotros con ella. O desenmascaramos y neutralizamos al traidor o su vida no va a valer un dólar... a no ser que siga ayudándole su notoria buena suerte.

—Para eso cobro, son riesgos del juego. Y me sentiré muy eufórico si sé que a usted le importa algo mi futuro.

Me miró con reproche.

—Si no supiera que está lanzando columnas de humo... La cosa está que arde, Roldán. Pueden alertar al presidente y al Gobierno con respecto a lo que se les ha preparado. Hay un tratado con Gran Bretaña que ellos podrían invocar, y los ingleses tendrían que cumplirlo, tanto más cuanto que tienen grandes intereses que proteger. Enviarían ayuda de todo género...

—Deme ocho días para encuadrar a mis hombres y ni siquiera los Cuatro Grandes van a evitar que pongamos a Patricio Stacey en el palacio presidencial.

—Ahí está el *quid*. Porque no estamos ya tan seguros de que nos

convenga colocarlo en la cima...

CAPÍTULO VI

La biografía de Patricio Stacey es hoy demasiado bien conocida para ponerme a hacerla aquí. Su padre, todos lo saben, era un irlandés borrachín y mujeriego al que todas le daban igual y que montó un pequeño taller de bicicletas hace cuarenta años en la entonces capital de la colonia de Itangui, bebiéndose capital y beneficios antes de que lo encontraran un día apuñalado en la parte de atrás de la casa de cierto comerciante hindú muy celoso, con cuya mujer, se dijo, había tenido que ver. Su madre era una negra de la tribu de Bonga, una de las más importantes del sur del país. Parece ser que el irlandés cobró cierto afecto a la negra, o acaso le tocaron el alma las prédicas de otro irlandés, misionero... o fue la dote que le ofreció el padre de la negrita, rico subjefe de tribu bastante civilizado como para hablar y escribir inglés. Sea como fuere, el irlandés Stacey aceptó casarse con la negrita a quien había previamente seducido y dar su apellido al fruto de sus amores. Ese fruto fue Patricio Stacey.

Los mestizos suelen ser tipos humanos difíciles. Patricio Stacey lo demostró. Ni blanco ni negro, siempre salió en el filo de la navaja. De su padre heredó la facundia, la habilidad para embaucar a las gentes, la vitalidad tradicional de los irlandeses y su habilidad para resolver situaciones difíciles, también su agresividad. De su madre y abuelos maternos, el orgullo de casta y una dolorosa conciencia de negritud. Inteligente, astuto y hábil, dotado de don de gentes y una gran ambición, anheló mucho... y estuvo a punto de conseguirlo. Le faltó un pelo...

Pero vamos por partes. Aquella mañana, cuarenta y ocho horas después de mi llegada como flamante jefe de misión, sostuve mi primera entrevista personal con él.

No era nada fácil hablar con Patricio Stacey, siendo yo nada menos que jefe de una misión técnico-militar invitada por el propio Gobierno. Pues Patricio Stacey era el líder del joven y potente Partido para la Liberación del Pueblo, fundado y aglutinado por él, temido por todos sus adversarios y, naturalmente, opositorista. Tenía su propio periódico, había sido encarcelado dos veces, afirmaba que también torturado por los esbirros del poder —cosa, por otra parte, habitual y lógica en cualquier sitio— y ambas debieron soltarlo aprisa. Ya había contribuido, once meses atrás, a elevar al actual presidente y su equipo en una revolución no demasiado incruenta, pero descontento con la tajada que le dieron en el reparto, se había lanzado abiertamente a la oposición. Era temible, un demagogo hábil al que apoyaba un gran sector de la población, sobre todo entre las masas desheredadas, y su propia tribu. También tenía muchos enemigos.

Físicamente era de estatura mediana, tez menos oscura que la de los negros, pero más que la de los nilóticos, boca de negro, nariz negroide, pero con dos sorprendentes e inesperados ojos irlandeses y un cabello casi rojizo, herencia de su padre. Le gustaba vestir a la europea y con atildamiento, pero en público siempre vestía de modo tradicional, haciendo gala de su xenofobia negra. Todo en él, como corresponde a un buen político, era falso y eventual, pero sabía ocultarlo muy bien. No tenía otro dios que su ambición ni otra bandera que la del triunfo. Habría matado personalmente a su madre si ello le iba a dar indefectiblemente el poder.

Hubimos ambos de hacer una serie de malabarismos rara encontrarnos en aquella pequeña habitación de una casa particular. Yo entré en la tienda de un comerciante de chucherías típicas y mostré interés por determinada colección de marfiles tallados. Naturalmente, no iba solo, me acompañaban un alto funcionario y a ambos la correspondiente escolta. Vi cerca a Amina.

Stacey me desagradó de golpe. Altanero, frío, retorcido y sobre sí, el maldito mestizo sin duda creíase superior a mí, un gerifalte errante.

—Usted y sus hombres deberán estar listos para actuar el veintitrés del mes próximo, como última fecha tope. Así ha sido convenido con sus contratadores.

—Permítame indicarle, Stacey, que yo no recibo órdenes de

nadie.

—Tendrá que recibirlas y cumplirlas, forma parte de su tarea. Actuar cuando, como y donde se le ordene con sus mercenarios, nosotros pagamos un alto precio por sus servicios y no estamos dispuestos a tolerarles insolencias ni insubordinaciones, mejor será que no lo olvide, señor Roldán. Y que al dirigirse a mí, se dirige al futuro presidente de este país.

La amenaza estaba bien clara y yo soy perro viejo. Por lo visto, la antipatía era mutua. Me contuve y contesté, incisivo:

—He contribuido personalmente, a menudo en primer término, a hacer un montón de jefes de Estado... señor Stacey, y también a derrocarlos. Creo que le conviene no olvidarlo, si hemos de colaborar en este negocio.

Se dio cuenta en el acto de que tenía delante mal enemigo. Y me demostró su ductilidad... y su peligrosidad. Sonrió y habló amistosamente, sacando tabaco y ofreciéndome:

—Admita que cayó en mi trampa, señor Roldán. Por un momento me ha considerado un individuo muy desagradable.

Yo estaba demasiado en guardia para que aquella sabandija me embaucara. Acepté su cigarrillo y asentí con blandura, sin quitarle ojo.

—Admito que es usted un consumado actor, señor Stacey. Y ahora, supongo que hablaremos en serio.

—No es otro mi propósito. Pero usted, un aventurero de altos vuelos, comprenderá bien que no se llega adonde yo he llegado sin hacer ciertos méritos y conseguir cierta experiencia.

—Admitido.

—No puedo fiarme de nadie, créame. Este país es demasiado nuevo, está repleto de tensiones y, desde su independencia, ha tenido la desgracia de vivir gobernado por pandillas de ineptos y ladrones, gentes capaces de venderse por un puñado de dinero a cualquiera.

Le dejé discursar. El había garantizado al grupo de Ekrem la exclusiva de explotación de los yacimientos de molibdenita, entonces recién descubiertos en la región de los montes Wallagi. Ni siquiera yo conocía; en aquellos momentos el hallazgo, era un secreto muy bien guardado. Quién sepa que Estados Unidos producía entonces el noventa por ciento del molibdeno del mundo,

y las aplicaciones del molibdeno en la industria siderúrgica y los aceros especiales, la electrónica... ya sabe qué provocó aquella «revuelta de palacio».

—... Por eso he aceptado la ayuda de determinado grupo financiero europeo. Detesto el capitalismo occidental, lo considero una forma peor y más despiadada del viejo colonialismo que tanto daño nos hizo a los africanos, señor Roldán; pero la necesidad obliga y, para barrer toda la podredumbre de mi país, me hace falta la palanca de esos financieros, con la acerada punta de su comando de mercenarios...

Hablaba muy bien; oyéndole, viéndole gesticular, sonreír, comprendí que no sólo arrastrara a las incultas masas de sus seguidores, sino incluso a bastantes jóvenes universitarios e intelectuales del país, sobre todo a los educados en Europa. Pero a mí no iba a engañarme aquel César de bolsillo. Pobre Magadia cuando Patricio Stacey accediera al poder...

—Mi misión consiste en conseguir un golpe de Estado con el menor derramamiento de sangre —dije—. Para eso traje a mis mercenarios y también para eso le han traído los tanques suecos.

—¡Bah! No sea ingenuo, señor Roldán. Aquí, entre nosotros, usted y yo sabemos que el poder es lo que menta y no los medios para conseguirlo. Es preciso, ante todo, un golpe seco, contundente, aniquilador, que tonga fuera de combate al enemigo. Eso, creo, es buena regla militar. Además ahorrará mucha sangre, evitando la posibilidad de una guerra civil...

Es curioso cómo esos estadistas repletos de ambición del poder eliminan de un papirotazo el factor «víctimas cruentas». Nosotros, los profesionales de la guerra, sentimos a menudo escalofríos oyendo a esos políticos, palabra. Para ellos, la muerte de unas decenas, o unos millares, de seres más o menos inocentes sólo es importante en función de sus efectos sobre la pública opinión. He visto a uno de ellos temblar ante la muerte de tres estudiantes, porque «era inoportuna políticamente, peligrosa y podía dar el resultado peor», según sus propias palabras, y en otra ocasión ordenar, con absoluta frialdad, a un jefe militar que ametrallara una muchedumbre airada y hambrienta de justicia, porque había que dar un buen escarmiento a esa patulea, así se aplacarían ellos y los otros, también según sus palabras textuales.

Patricio Stacey era un político de talla, de una pieza.

—Tengo grandes proyectos para mi país, nada ni nadie me detendrá...

Estuve setenta minutos con él y saqué, aparte de un dolor de cabeza, la convicción de que detestaba a Patricio Stacey y él me pagaba con la misma moneda, la certeza de que en adelante iba a procurar embaucarme, para al final convertirme, si podía, en cabeza de turco mientras él se aupaba al poder impoluto y con sus manos bien lavadas... y mi firme deseo de evitarlo.

Al coronel Kharbi le visité oficialmente, en el flamante cuartel de su no menos flamante brigada, aquella misma mañana.

El cuartel estaba de fiesta, la brigada —ochocientos cuarenta hombres sobre un total presupuestado de plantilla de cuatro mil cien— formada en el ancho patio frente a los magníficos tanques suecos, en cuyo manejo deberíamos instruirles. Naturalmente también tenían otro material. Tanques «Patton» de los americanos, chatarra impresionante y casi inútil frente a los blindados modernos; tanques rusos

«T-44»

y

«T-50»,

no mucho mejores. Una docena de tanques ingleses «Centurión», carros excelentes, pero ya algo anticuados... Material abundaba, en efecto. Artillería blindada de asalto, artillería contracarros, artillería antiaérea, transportes blindados...

—Prácticamente no tenemos piezas de recambio —me confesó Kharbi mientras revistábamos su unidad—. Hay dos veces más material que éste en almacenes de chatarra, porque en cuanto se provoca una avería importante en un carro agotamos casi todo el repuesto en repararla y a la segunda vez hay que tirarlo. Ocurre lo mismo con el restante material. Munición hay bastante, pero le enseñaré una cosa. Los rusos, por ejemplo, para el cañón de noventa milímetros de su

«T-50»

nos enviaron munición de la pieza del

«T-44».

Los americanos hicieron tres cuartos de lo mismo... A ellos no les interesa ni que estemos bien armados ni que sepamos manejar esas

armas debidamente. Y a nuestros compradores de material de guerra sólo les interesaba percibir sus comisiones...

Su amargura me era familiar, porque su historia ya la había escuchado de boca de otros jefes militares indígenas en al menos una veintena de pequeños países.

Las grandes potencias fabrican y fabrican armamento en ingentes cantidades. Modelos y más modelos, que devoran ingentes sumas de millones. Y luego, una de dos, o arman una guerrita más o menos caliente en cualquier desdichado rincón del planeta, para quemar excedentes de producción, o, cuando el material queda anticuado y desplazado por nuevos y más mortíferos genios, hay que vendérselo a cualquiera, a cambio de concesiones de materias primas y cosas así. Pero se procura vender armamento defectuoso en cierta forma, inutilizable, en algún modo; así se tranquiliza la conciencia de políticos y mercachifles.

Los hombres de Kharbi me causaron buena impresión, para tratarse de soldados de una joven nación africana. Se lo dije y supo agradecérmelo.

—Trabajo como un loco para educarlos, instruirlos y ponerles a punto. Si algún día logro ver completa la brigada, con armamento y material eficiente, moderno, apto para el uso, eso habrá pagado todas mis fatigas, porque daré a mi patria un excelente instrumento de defensa...

Era el reverso de Stacey, un militar profesional íntegro, honrado y romántico...

Amina se las arregló para asaltarme sin despertar sospechas. Su fuero de periodista se lo permitía y las autoridades locales no se opusieron a que yo le concediera una entrevista. Naturalmente, ella y yo empleamos el comienzo de la misma en galanterías y charla insubstancial, incluso sobre mi supuesta misión en Marcha. Luego puse en marcha mi eficiente aparatito electrónico y hablamos de otra cosa.

—¿Qué le ha parecido Stacey?

No me dejé nada en el zurrón y ella estuvo de acuerdo conmigo.

—Le he entrevistado como periodista italiana. El ignora mi conexión con Ekrem...

—Yo también. Me refiero a su exacta conexión.

—No se salga por la tangente. Stacey nos preocupa cada vez

más.

—¿Por qué no lo investigan? Es la clase de ambicioso capaz de traicionar a su propio padre.

—Lo sabemos. Y estamos tomando nuestras medidas. Por ahora conservamos la delantera, gracias, sobre todo, a usted.

—¿Ah, sí? Acláremelo.

—Ha sabido actuar con rapidez y habilidad sumas. Pero además, les ha caído muy bien al coronel Kharbi y a su esposa. Por cierto, nos hemos hecho amigas.

—No me diga...

—Es una mujer excepcional. Y yo no tengo el menor prejuicio racista. Fue en tiempos una marxista convencida, una rebelde; pero su contacto posterior con el poder, y sus experiencias de revolucionaria en Europa, le han abierto los ojos, prestándole clarividencia y ecuanimidad. Se sorprendería si la oyera hablar de política.

—Detesto a las mujeres metidas en política aún más que a los políticos.

—Yo también. Pero ella está casada con un soldado relevante y tiene la intuición que a él le falta para navegar en ese piélago. Es su esposo, lo ama y trata de ayudarle.

—¿No será que ella busca verse en la cima? He conocido a muchas así de «desinteresadas».

—Es ambiciosa, en efecto. Pero sobre todo una mujer enamorada. Lo que busca lo busca para su marido, se siente feliz en la paz de su hogar, con él y con sus hijos, sabe que esa paz y esa felicidad las expone al empujarlo a la política; pero lo hace por razones subjetivas que a usted, posiblemente, le iban a resultar un poco difíciles de entender.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque es hombre. Y un gerifalte errante. Me entiende, ¿verdad?

La entendí.

CAPÍTULO VII

En mi calidad de jefe de la misión técnico-militar de asesores, tenía bastante tarea en el campo de instrucción y me la tomé con convincente entusiasmo. Las cosas había que hacerlas bien hechas y nosotros, los gerifaltes, solemos hacerlas aún mejor que bien.

Al cuarto día de maniobras de instrucción con los tanques suecos ocurrió un lamentable accidente. La víctima del mismo fue el presuntuoso capitán Höllnn.

Sabido es que quien juega con fuego suele quemarse. También que los corredores profesionales de bólidos suelen dejarse el pellejo en las pistas. Y los corredores aficionados de utilitarios en las carreteras. Bueno, pues nada extraño ni ilógico había en que un militar-instructor, especialista en tanques, acabara la suya convertido en papilla por las cadenas de uno de tales pesados vehículos de guerra. Fue la desdichada suerte del capitán.

Nosotros estábamos instruyendo a soldaditos de pacotilla, en su inmensa mayoría negritos ansiosos de lucir un flamante uniforme y cobrar una paga relativamente sustanciosa. Esos hombres debían manejar con sumo cuidado los carros de combate suecos, verdaderas maravillas en su género, dotados de instrumentos de alta precisión y sumamente maniobrables en terreno ondulado. Pero la tripulación que aquella mañana estaba entrenándose en el carro número 11 denotaba una especial falta de condiciones, sobre todo. Ordené al capitán que se encargara personalmente de meterles en la sesera lo que debían hacer y me obedeció como un disciplinado oficial que era, también porque últimamente yo le mostraba mucho mi amistad.

Todo ocurrió de la manera tontorrón con que a menudo suceden los accidentes de circulación. El destacamento de carros

maniobraba, siguiendo mis instrucciones dadas por radioteléfono, en una planicie ondulada sita a unas quince millas al norte de la capital, y por donde hacia el tiempo de mi nacimiento pululaban los leones y los leopardos todavía. Era un lugar excelente para nuestra tarea...

Ordené a la sección encomendada al capitán Höllnn que atravesara un ancho arroyo en apertura de combate. El tanque de la derecha era el de marras y Höllnn estaba intentando enseñar su debido manejo a aquella tripulación especialmente torpe. De repente vimos cómo el tanque, al llegar a la orilla opuesta, se quedaba absurdamente encallado. El maldito conductor debía haber equivocado una más de las órdenes que recibía.

—¡Saque de ahí ese carro, Höllnn! —aullé por el radioteléfono. Me contestó, con malhumor, que iba a abrirle la cabeza al conductor del carro, pero no vi que el pesado tanque saliera. Patinaba en sus intentos, cosa inconcebible si se pensaba que sólo tenía delante una pendiente de apenas diez grados. Más aún, había metido el morro hacia arriba de modo anormal.

Volví a aullar la orden. Höllnn estaba más furioso cuando me dijo que algo extraño estaba sucediendo.

—¡No lo entiendo, las cadenas patinan en el fondo, parece como si lo hubieran metido en una poza de lodo viscoso!

—¡Baje y entérese, sólo faltaba esto! ¡Voy para ahí!

Desde unos doscientos metros de distancia le vi saltar fuera del tanque, en compañía de otros dos hombres, los cuales se mantuvieron ligeramente separados mientras él, con agua a la cintura, examinaba algo. Y entonces ocurrió.

Vimos todos perfectamente cómo el tanque arrancaba súbito, pero haciendo una guiñada, como si al esfuerzo de su potentísimo motor, las cuarenta toneladas de acero sueco especial respondieran como un caballo de raza a un latigazo. No oímos el alarido del capitán Höllnn cuando lo golpeó en la cadera el borde exterior delantero de la cadena de tracción, pero sí le vi caer al agua debajo de la misma. El tanque le pasó por encima y salió, resoplando como un gran hipopótamo, a la orilla...

Fue una inesperada desgracia. Lo poco que quedaba del capitán Höllnn fue recogido cuidadosamente en el fondo de aquella poza de lodo viscoso, absolutamente desconocida por los soldados nativos,

al parecer, y donde se había ido a meter por verdadera mala suerte aquel tanque. Al atribulado y asustadísimo conductor del tanque, un tipo alto, camita, le interrogamos directamente el coronel Kharbi y yo, sobre el terreno. Nos dijo que había creído escuchar la orden de meter todo a fondo para salir de una vez, que estaba ya nervioso por las reconvenciones de Höllnn...

Metimos al pobre diablo en una celda y envolvimos cuidadosamente los restos del capitán, colocándolos en un hermoso féretro. Yo, en persona, escribí la misiva de condolencia a su esposa —no tenía hijos y ella decía venir la próxima semana a reunírsele—, haciéndola pasar a máquina cuidadosamente. También presidí la pequeña comisión oficial que transmitió al embajador sueco nuestra condolencia y la del Gobierno por el desdichado accidente, comunicando de paso que se le iba a abonar a la viuda una fuerte suma en concepto de indemnización.

Kharbi estaba ceñudo cuando vino a verme a mi alojamiento personal apenas terminada la ceremonia. Pero no me encontró allí. Yo estaba paseando a la sazón con cierta persona recién llegada a la ciudad y sabía qué traía al coronel.

—Necesito hablar con usted a solas, mayor Von Falkberg...

—Permítame presentarle antes al señor Ritchie, coronel. Es uno de mis lugartenientes y acaba de llegar a Keilak.

Ritchie y Kharbi se estrecharon las manos, el segundo pareció refrenar su malhumor y pidió noticias.

—Los hombres han llegado todos sin novedad. Tenemos establecidos puestos de control a todo alrededor del campamento y ya hemos cazado a unos pocos visitantes demasiado curiosos.

—¿Qué han hecho con ellos?

—Lo usual, lo que se nos tenía ordenado. Cinco, sobre ocho, han preferido soltar la lengua. La mitad trabajaban para los norteamericanos, uno para los rusos y otro para los chinos de Mao. Los dos restantes prefirieron mantener la boca cerrada.

—Así que conocen ya nuestros planes...

—Completamente —asentí con blandura—. De eso puede estar seguro. Y me parece que venía a hablarme sobre la muerte del capitán Höllnn.

—En efecto. ¿Quién es ese hombre? Me refiero al conductor del carro, tan increíblemente torpe todo el tiempo, y tan eficiente

luego.

—Se llama Rassani, es etíope y un excelente mercenario. También un experto tanquista.

Respiró fuerte, mirándonos con fijeza. No le gustaba aquello.

—Lo supuse en el acto. Me bastó con una breve investigación para descubrir que no le conocía ni era uno de mis muchachos... Así que un asesinato... Espero una explicación, señor Roldán.

—Voy a dársela. Höllnn estaba trabajando para los rusos desde que se formó la comisión. Es muy posible que les haya revelado mi verdadera identidad y hasta parte de nuestros planes. En todo caso, no hubo asesinato, sino un accidente desgraciado e imprevisible en el curso de unas maniobras de adiestramiento. Ocurre en todos los ejércitos del mundo.

—¿Cómo sabe que era un traidor?

—Porque me lo informó la gente que me ha contratado para ayudar a ustedes a ocupar el poder con el mínimo de efusión de sangre posible. Y mi tarea consiste en eso, en que no haya una lucha cruenta. Usted, coronel, conoce las reglas de este juego. Si por alguna causa fracasamos, es posible que usted salve la piel, pero ni yo ni los hombres que he contratado y esperan mis órdenes en Keilak podemos aguardar otra cosa, sino muerte violenta. No le pido que sancione con su aquiescencia lo sucedido, sino simplemente que lo ignore. En la guerra como en la guerra. ¿O acaso vacilaría en hacer ejecutar a un traidor, fuera quien fuese?

Me miraba con fijeza. Volvió a suspirar y gruñó, seco:

—Discúlpeme. Cometí una estupidez.

—No tiene importancia. Y a mí tampoco me agrada tener que dar ese tipo de órdenes. Aunque, en realidad, me he limitado a cumplir la que había recibido de quien paga y manda.

—¿Cómo pudieron arreglarlo? Nosotros ignorábamos la existencia de esa poza...

—Nosotros también. Pero alguien me lo informó, y sus posibilidades. Elegí a Rassani porque podía pasar perfectamente por un nativo de la zona norte, uno de su propia raza de usted, le ordené estudiar el terreno y luego lo metimos en esa tripulación. Lo demás fue fácil, simplemente ordené la debida maniobra, metí a Höllnn en su trampa y le hice buscar su destino.

—¿Qué hacemos ahora con su hombre? Porque no podemos

soltarlo así como así.

—Desde luego que no. Sufrirá consejo de guerra, será condenado a prisión por una larga temporada y, a su debido tiempo, abandonará el país con toda discreción. Esperaremos a que haya cambiado el Gobierno... No es cosa que me incumba oficialmente, le toca a usted esa papeleta.

Meneó la cabeza y se marchó pronto, alegando sus muchas ocupaciones. Ritchie comentó, entonces:

—Parece un hombre demasiado preocupado con su conciencia, coronel.

—He sido coronel. También otras graduaciones militares, de ocasión, en distintos países. Entre nosotros, «coronel» se usa para hablarle al jefe, a no ser que éste tenga una graduación legal superior en el ejército de su país de origen. El propio Ritchie fue oficial de carrera, pero se aburría en las guarniciones, le gustaban el juego fuerte y las mujeres ajenas... Es su historia y a nadie le importa.

—Lo es. Un militar de pura sangre y un hombre íntegro, da gusto colaborar con él. Haría un estupendo presidente para este país... si no lo asesinaban los políticos.

Lo dije sin pensar, sintiéndolo. Y me quedé pensando en mi propia idea...

Más tarde, aquel mismo día, lo comenté con Amina. Ella, siempre en su papel de periodista enredadora y fastidiosa, no había parado hasta conseguir de mí otra entrevista a solas.

—Opino como usted —me contestó, ligeramente pensativa—. Pero nuestras instrucciones son muy concretas. Debemos elevar a Patricio Stacey al poder, para Kharbi será el Ministerio de Defensa. Aunque, según su esposa, no lo quiere, sólo busca que le dejen completar su brigada debidamente. Es uno de esos tontos magníficos que tanto nos agradan a las mujeres, todo idealismo y generosidad.

—Lo contrario que yo, ¿verdad?

Me miró muy fijo. Y no rehuyó el combate.

—Usted es un gerifalte viajero, señor Roldán. Tiene su propio código y habita en un planeta diferente, su idealismo y generosidad son también en un tipo muy distinto. Y en cuanto a su concepto de las personas y las cosas, los sentimientos... es exactamente el de un

altivo y cruel gerifalte.

Me tuve que callar. A veces, con determinadas mujeres, conviene abstenerse de discutir... sobre uno mismo.

CAPÍTULO VIII

Mi flamante asistente me despertó a la hora convenida, las tres en punto de la madrugada.

Oficialmente, me encontraba desde el día anterior en el lecho, incubando una de esas malditas fiebres tropicales que me acogotó de modo súbito, tal y como suele acontecer. Un prestigioso médico indígena —metido en la conspiración— me visitó oportunamente y decretó que no era necesario hospitalizarme, bastándome tres o cuatro días de reposo absoluto y, eso sí, sin ser molestado por nadie. Vinieron a interesarse solícitamente por mi salud representantes oficiales, incluido el propio ministro de Defensa..., y pudieron comprobar que, en efecto, yo padecía los efectos de una vulgar fiebre.

En realidad se trataba de un hábil truco, la aplicación a mis axilas de determinado emplasto me la había causado. Y ahora me encontraba tan fresco como una lechuga en el campo, al alba. Necesitaba cuarenta y ocho horas para revistar a mis hombres en Keilak y darles las últimas instrucciones antes del golpe de Estado...

Me vestí, me ceñí mis armas y abandoné el edificio sigilosamente. Se había arreglado todo de forma que los componentes de aquel turno de vigilancia en el pequeño y confortable hotel asignado como alojamiento a la misión eran hombres de absoluta confianza. Atravesé el pequeño jardín y salí a la calle, silenciosa y solitaria. Un automóvil llegó despacio, silenciosamente, por la calzada a mi encuentro. Mi diestra empuñaba la excelentísima pistola sueca de combate que uso de forma habitual y forma ya parte de mi persona, como mis propios dedos. No sería la primera emboscada en que cayera un gerifalte...

Pero no había tal. Al detenerse apenas el coche, descubrí al

chófer y un hombre delante, a otro que me estaba abriendo la portezuela delantera. Y una voz inconfundible me sobresaltó:

—Vamos, suba.

Aquello no lo había esperado. Entré y el automóvil, que no se había detenido de hecho, aceleró lo suficiente para alejarse de allí. Miré a Amina, advirtiéndole que usaba ropas masculinas, mejor dicho, militares, y gruñí:

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Voy a Keilak también.

—Eso sí que no. Escuche...

—Por favor, no discutamos. Usted tiene sus órdenes y yo las mías.

—Hay límites. No quiero a una mujer en Keilak.

—¿Teme que puedan asaltarme sus valientes?

—No me importaría demasiado esa contingencia —mentí—. Sospecho que sabe defenderse.

Escuché su queda risa. Parecía divertida.

—Está furioso. Y me acaba de soltar un inesperado piropo...

—¿Que yo...? Aclaremos, señorita Scrofas. Este juego lo dirijo yo y a mí no me dirige nadie, por muy bonita que tenga la nariz. Y ése sí es un piropo.

—El otro era mejor. Hay un traidor en Keilak.

Respingué. Eso sí que no, estaba dispuesto a soportar hasta el llevarla conmigo, si no quedaba otro remedio; pero que se atreviera a decir que entre mis muchachos... Adopté el tono exacto de un padre de familia hablándole a una hija díscola, insolente y entrometida.

—Señorita Scrofas, yo mismo elegí a los hombres que iban a ser mis lugartenientes. Conozco a todos ellos desde hace muchos años, alguno desde el tiempo en que usted iba sorbiéndose los mocos...

—Hay un traidor en Keilak. Se llama Brooke y es en realidad un agente de la

C. I. A.

También sospechamos de otros dos, un tal Welgi, finés, probablemente agente soviético, y un coreano llamado Pak-Sao,

que debe trabajar para los chinos.

Suspiré y me relajé. Hablábamos turco, idioma que dudo mucho

entendieran nuestros acompañantes. Encendí despacio un cigarrillo, mirándola de reojo. Me pareció que sonreían sus bellas pupilas. Lo que me faltaba...

—De modo que Keilak se ha convertido en un nido de sabandijas traicioneras... Todos esos hombres fueron debidamente seleccionados por mis lugartenientes, acusarles es como acusar a ellos.

—Sabemos que actuaron de buena fe y que son de confianza, dentro de sus limitaciones.

—¿Limitaciones? ¡Ah, sí! Se trata de mercenarios... Supongo que yo también estoy en cuarentena.

—Hay una diferencia entre ellos y usted. Usted es un gerifalte.

Ella lo decía... Volví a suspirar y fumé con rabia. No me agradaba la noticia, menos aún sus derivaciones previsibles.

—Adelante. ¿Cuál es el plan?

—Quedan tres semanas justas para lanzar el golpe. Hasta el momento creemos haber mantenido a todo el mundo en la ignorancia acerca del momento en que será lanzado, el mismo Patricio Stacey, el mismo general Kharbi lo ignoran, a pesar de que eso les ofende y enfurece. Aún no hemos conseguido identificar al alto jefe de los conjurados que nos está traicionando, pero ya sabemos que lo hace a favor de los rusos.

—¿Seguro?

—Seguro. Se hallan en curso negociaciones secretas en Moscú, aquí, también en El Cairo y Addis Abeba. Los rusos necesitan el molibdeno para sus acerías, ya conocen la existencia de esos yacimientos y están dispuestos a ofrecer de todo, desde armamento a asesores técnicos y hasta plantas industriales, a comprar el excedente de la producción de soja y cacahuetes... Es la eterna canción. Un ambicioso que juega a dos paños, con la esperanza de ganar sea cual fuere el descarte.

—Muy bonito. ¿Por qué no dar el golpe ahora mismo? No podrían evitarlo.

—No lo sé. El señor Ekrem no me lo ha dicho. Afortunadamente he conseguido engañar a todos con respecto a mi verdadera identidad y lo que realmente hago aquí. Otros también lo han conseguido y eso nos permite ciertas ventajas tácticas...

—¿Por qué viene a Keilak? Allí será vista por todos.

—Allí sólo están sus hombres, señor Roldán. Esos hombres han combatido en su mayoría a sus órdenes, al menos le conocen de fama, le respetan y le tienen miedo, cualquier orden que dé la cumplirán. Incluso una de fusilamiento.

Sabía que iba a decirlo. Me dolió:

—Debe creerme una especie de bestia sanguinaria, ¿verdad?

—Sé que no lo es. Y que no ha de vacilar en desenmascarar a esos espías y ordenar su ejecución inmediata. La alternativa es el fracaso.

No dijo más ni falta hacía. Un gerifalte no puede fracasar, no por falta de prudencia y energía. Si fracasa, está listo...

Pero era duro tener que fusilar a aquellos hombres.

—Mandó matar al capitán Höllnn...

—Me ordenaron matarlo. Me limité a cumplir órdenes.

—Esto es igual, al menos en esencia.

Preferí callar. Ella jamás podría comprenderlo. Estaba involucrada en el asunto mi propia confianza y estimación en los hombres a quienes había elegido para ayudarme en la tarea. Si el jefe es siempre responsable por sus subordinados, mucho más un gerifalte por sus soldados de fortuna...

Llegamos sin novedad al aeropuerto y sin dificultad entramos en el mismo. Me estoy refiriendo al aeropuerto militar, hubiera sido estúpido hacer aparición en el civil. Nos aguardaba una pequeña avioneta y también el coronel Kharbi, de uniforme de tanquista y sin las insignias visibles. Cambiamos las palabras justas y subimos a la avioneta, de seis plazas incluido el piloto. El piloto era uno de mis mercenarios.

El vuelo a Keilak iba a durar aproximadamente tres cuartos de hora. Se me habían quitado las ganas de hablar, pero aquella madrugada, Amina semejava un saco de malas noticias.

—Un agente especial de la

C. I. A.

y un representante del consorcio «Bullhorn» llegarán mañana, de incógnito, a Zankia. Traen como misión la de impedir a cualquier precio un cambio de Gobierno y la subsiguiente entrega de las minas de molibdeno.

—Muy interesante. ¿Qué piensan ustedes hacer?

—Ellos dos son intocables, si les sucediera algo, las represalias

afectarían a hombres prominentes en nuestra propia empresa. Pero se debe bloquear eficazmente sus iniciativas. Sospechamos que conocen la identidad de usted y desde luego tenemos la certeza de que vienen a por usted, coronel.

Kharbi se sobresaltó.

—¿A por mí?

—Conocen bien su fama y su prestigio en el ejército y el pueblo. Es muy posible que le ofrezcan la presidencia y un fuerte apoyo de créditos, a más de mucho material militar para su brigada. También conocen a fondo sus puntos flacos.

Kharbi sonrió.

—No deben conocerlos muy bien si tratan de hacerme presidente. Odio la política y a los políticos. Pero además, detesto a los norteamericanos.

—No todos los norteamericanos son la
C. I. A.

y las grandes compañías explotadoras —gruñí—. Hay mucha gente buena en ese país, como en todos. Y el grupo de Ekrem no tiene nada que envidiarles a los de la «Bullhorn».

Amina me miró con ligera sorpresa. Kharbi fijamente.

—Lo sé muy bien, señor Roldán. Pero para mí existe una diferencia fundamental entre ambos. Ekrem y su grupo representan intereses exclusivamente financieros y del todo internacionales, hasta si se quiere respaldados por países bastante fuertes económicamente. Pero de esos países, Alemania, Suecia, Austria, Suiza, España, Italia..., nosotros no tenemos que temer una neocolonización económica, un aherrojamiento de nuestro derecho a dirigir sin interferencias nuestros propios destinos. En cambio, si la URSS, o Estados Unidos, llegan a apoderarse del control de esos yacimientos en alguna forma, mi país se verá metido, sin quererlo ni convenirle, en el siniestro juego de ajedrez que están librando ambas superpotencias en el tablero mundial. Por eso, obligado a elegir entre distintos males, he elegido el menor.

Hay cosas que no dicen los mejores y más completos *dossiers* sobre un hombre, cosas que éste suele guardar en el hondón de su alma y para sí mismo. Mientras Kharbi me hablaba, descubrí en sus ojos algo de que nada decía su *dossier*. Aquel soldado sabía muy bien lo que quería para su país y, probablemente, también cuáles

eran los mejores medios para conseguirlo, los mejores desde el punto de vista de los intereses de su patria. No estaban manejándolo, no era de la madera que se deja tallar.

Sonreí y se me pasó el malhumor.

—Vamos a darles jaque mate a ese par de inoportunos, coronel Kharbi —dije, con triple intención—. Tampoco a mí me agrada que nadie intente imponerme la rata a seguir, por muy poderoso que sea o se crea.

Amina ya estaba reaccionando. Recogió el reto.

—Es muy reconfortante escuchar a dos hombres como ustedes, caballeros. Así, no habrá falsas interpretaciones, imagino.

Su suavidad me puso en guardia.

—No las habrá...

—Entonces todo irá bien. Porque tanto usted como el coronel deberán prestar oídos muy complacientes a los cantos de sirena norteamericanos, al extremo de hacer recelar a otros muchos que, usted sobre todo, señor Roldán, está listo para venderse al mejor postor...

CAPÍTULO IX

Antes de mis tiempos, en la época en que Rommel tenía metido el resuello en el cuerpo de los ingleses, éstos habían construido en Keilak un campo de aviación y otro de entrenamiento para blindados y fuerzas especiales, en cierta ocasión ocupado por un batallón judío del Octavo Ejército que luego se distinguió mucho en Bir Hakeim. De eso habían transcurrido más de treinta años. Terminada la guerra, Keilak fue tan abandonado y olvidado como otros cien lugares semejantes. Cuando el

Mau-Mau,

los ingleses lo revitalizaron, en parte, pero por poco tiempo. Desde hacía quince años Keilak estaba, simplemente, perdido.

Perdido en medio de la sabana desértica, semisahariana, del norte de Magadia. Había una pequeña aldea indígena de cincuenta cabañas de pastores con muy escasa agricultura alrededor del pozo natural del que salía en ciertas épocas una escasa corriente de agua para ir a perderse dos o tres millas más al Sur, y también estaban los arruinados barracones de la antigua base. Las pistas del viejo campo de aviación habían sido devoradas por el clima y la incuria total.

Pero nosotros aterrizamos en una de ellas, la menos destrozada. Un aterrizaje de guerra que no le hizo mucha gracia a Amina, lo vi y se lo escuché. No se le podía reprochar.

Estaba comenzando a alborear cuando penetramos en el puesto de mando de mi unidad de soldados de fortuna contratados en todos los rincones del mundo. Mis cinco ayudantes debieron leer en mi cara inmediatamente que algo iba mal, porque borraron pronto las sonrisas e intercambiaron miradas de aviso. Yo esperé a que estuviéramos allí dentro para hablar.

—Ritchie, quiero guardia doble alrededor del local y que sean hombres de máxima confianza. Rápido.

Saludó y salió disparado. Los otros estaban viendo cómo Amina —cuya presencia les había sorprendido agradablemente— colocaba una maletita que traía encima de la mesa, abriéndola y mostrando en su interior un complicado artilugio de la moderna electrónica. Explicó con blandura poniéndolo en funcionamiento:

—Detectará cualquier micrófono electrónico en un radio de doscientos metros.

Mis ayudantes se miraron intrigados. No les di tiempo para cábalas.

—Informe de las medidas de seguridad.

Me lo dio Estrada.

—Un pelotón, con detectores especiales, patrulla incesantemente los alrededores del campamento, día y noche. Ya hemos capturado a siete espías, los cuales han sido debidamente interrogados y en su mayoría admitieron trabajar para gente muy interesada en conocer lo que hacemos aquí.

—¿La aldea indígena?

—Constantemente bajo vigilancia. Ninguno de sus habitantes ha podido eludirla, estamos seguros.

Llegó Ritchie, informando que cuatro de sus hombres más seguros custodiaban el edificio, aislado de los barracones de tropa. Amina indicó que el detector no marcaba ningún funcionamiento de «chivatos». No esperaba otra cosa, nuestra llegada debía haber cogido por sorpresa a los espías.

Aquel puesto de mando era, de hecho, una habitación de paredes de cemento cuarteadas, al igual que el piso, y cuyo techo debió derrumbarse años atrás, habiendo sido sustituido por un andamio metálico, una red de acero y una capa de bálago y arcilla. Los muebles eran mínimos, una mesa y cuatro banquetas. A un lado, el potente radioemisor de onda extracorta que servía para mantener la comunicación con el exterior. Dos lámparas de petróleo alumbraban.

—Al grano —gruñí—. Tengo información fidedigna de que entre los hombres del destacamento hay tres espías.

Mis ayudantes soltaron sendas interjecciones reveladoras de lo que les provocaba la noticia. Les gustaba tanto como a mí.

—Contrataste a un tal Ed Brooke, Ritchie, ¿no es así?

Ritchie se afoscó y atirantó.

—En efecto. ¿Quieres decir que es un traidor?

—Dinos qué sabes de él.

—Es un buen soldado, ha combatido en Hispanoamérica, Congo, Corea, Indochina, Arabia...

—¿Qué más?

—Le conozco hace años. Es duro, disciplinado y valiente, aunque le gustan demasiado las mujeres y, a veces, se emborracha, cosa por otra parte muy natural, como tú sabes bien. También es ambicioso... Vino a verme en Marsella, me dijo que había oído que andaba reclutando gente, me ofreció sus servicios y acepté. ¿Estás seguro...?

—Lo estamos plenamente —intervino Amina con suavidad—. Ese hombre es en realidad un agente de la C. I. A.

Ritchie no dominó un taco capaz de sacarle los colores a cualquier mujer, pero que a Amina la dejó indiferente. Proseguí:

—Dreyer, tú contrataste a Bino Welgi. Parece ser un agente ruso. ¿Qué tienes que decir?

—Maldita sea, Siegfried, ¿qué quieres que te diga? Lo mismo que Ritchie de Brooke. Es un buen elemento, lo ha sido siempre en el combate. Yo soy un soldado de fortuna, no un espía ni un agente secreto. Cuando se me pide que contrate luchadores, busco los que a mi juicio son mejores, sin preguntarles sus ideas políticas, caso de que las tengan. Welgi me buscó en Hamburgo...

Matsuka me dijo más o menos lo mismo de Pak-Sao.

—Le creía anticomunista ferviente, pero creo que procede del norte de su país. Comoquiera que sea, desde hace diez años le conozco...

Era lo que me había supuesto, mis ayudantes buscaron la eficacia y disciplina militares de los hombres que contrataban, no se preocuparon mucho por lo demás, entre otras razones debido a una primordial; están habituados a combatir por tirios y por troyanos, para ellos, como para mí, las ideologías y las banderas carecen de sentido, son mercenarios. Dejé que Amina les escuchara y se empapase de ello antes de ordenar:

—Quiero a todo el destacamento formado con equipo de combate en la explanada dentro de veinte minutos.

Se armó una zarabanda típica de tales situaciones. Pero los hombres que habían contratado mis ayudantes eran de primera clase. Juntos veinte minutos después, a la ya violenta luz del amanecer tropical, doscientos cuarenta mercenarios, más o menos blancos en un ochenta por ciento, estaban correctamente alineados, con sus equipos de combate, en tres filas y cinco secciones ante Kharbi y yo. Prudentemente, Amina se había quedado en el puesto de mando.

Conocía de vista, al menos, a la mitad de aquellos hombres. Resultó que también conocía al llamado Brooke. Una vez, tres años atrás, había combatido a mis órdenes en cierto rincón tórrido de Arabia. De pronto me expliqué un par de cosas...

Lo que tenía ahora delante eran verdaderos soldados, no muchachos arrancados al taller y la gleba para hacerles polvo uno o dos años de sus jóvenes vidas sin provecho alguno para el ejército, ni tampoco vagos o inútiles, fracasados en la vida civil y voluntarios para conseguirse la pitanza diaria sin demasiadas complicaciones. Estos hombres habían elegido conscientemente su oficio y después demostraron que servían para él. Un mercenario que no reúne condiciones muere pronto, los veteranos, en esa profesión, son duros como el mejor de los aceros y casi, casi, indestructibles. Han aprendido las mil formas distintas de matar... y las diez mil de no ser muertos. Allí, contra el fondo sórdido de los ruinosos barracones y un cielo esplendoroso, en la cálida mañana, sus rostros atezados, muchos con cicatrices, sus miradas impasibles, sus bocas apretadas, sus mandíbulas saledizas como sus pechos, su marcialidad sin alharacas fanfarronas de hombres que del guerrear han hecho oficio, volvió a calentarme el corazón. Ellos también sabían con quién estaban viéndoselas...

Me di cuenta de que Kharbi parecía impresionado. No era para menos. Yo había rumiado un plan y lo ejecuté punto por punto.

—¡Muchachos! —les hablé fuerte y claro, en el lenguaje que mejor entendían—. ¡Estáis aquí bajo contrato y bajo mi mando, con una misión que cumplir! ¡Habéis aceptado las condiciones y cobrado vuestra paga religiosamente, por tanto tenéis, tenemos, el deber de cumplir con nuestra parte a rajatabla! ¡Vosotros, los

mercenarios, carecéis de honor y de bandera, según afirman los demás! ¡Nosotros sabemos que eso no es cierto, y no nos molestamos en discutirlo! ¡Muy a menudo ha sucedido que, donde esos que tanto presumen de tenerlos, los han traicionado o los abandonaron en la lucha, nosotros, los Sin Honor y Sin Bandera, cumplíamos nuestra palabra de mercenarios dejándonos el pellejo alrededor de un trapo de colores que por sí solo nos importaba menos que nuestras camisas!

Me cortaron el discurso con una fuerte ovación. Esos muchachos, esos parias de la gloria, utilizados en todos los fregados más duros y más sucios, allí donde vacilan en ir los héroes oficiales, y olvidados, despreciados, negados cuando ya no son necesarios sus servicios, tienen honor, tienen dignidad, tienen orgullosos corazones. Son como perros de presa, leales hasta morir al amo que sabe cómo tratarlos. Yo les conozco bien.

—¡Ahora estáis aquí para cumplir otra tarea! ¡No esperáis medallas, ni participar en brillantes desfiles, ni que las mujeres vayan a buscaros con prometedoras sonrisas! ¡Aquí, como en todas partes, os espera la tarea más dura, la que habéis escogido, luchar, sufrir, matar y, si hay mala suerte, morir! Luego, cuando se termine el fregado, cada uno de vosotros cobrará su salario, tomará su petate y levantará el vuelo, sin esperar agradecidas felicitaciones ni invitaciones a banquetes.

Unos rieron, otros me volvieron a gritar frases amistosas. Ya estaban caldeados.

—Habéis pasado aquí una temporada bastante incómodos, pero son gajes del oficio, cosas peores soportáis con una sonrisa y una canción. He venido a deciros que pronto terminará la inacción. Tenéis un armamento abundante, moderno y excelente, si alguien hay en este cochino mundo de hipócritas que sepa utilizarlo bien y a fondo sois vosotros. Si he de seros sincero, preferiría que no tuvierais que pelear, cobrarais tranquilamente vuestro dinero y os lo gastarais en botellas, mujeres y juego de azar, como manda el Dios de las batallas. Pero puede ocurrir que hayáis de demostrar vuestra valía. En tal caso, ya conocéis mi lema, pues muchos me conocéis en persona y todos de fama. Pocos golpes y precisos, en donde más duelan. Todos sabéis que un golpe asestado en el lugar adecuado y con la fuerza máxima posible es casi siempre más efectivo que toda

una larga serie de ellos, desde luego mucho menos sangriento.

Hice una breve pausa. Ahora callaron todos, sabían que comenzaba lo importante.

—En el momento oportuno, partiréis de aquí en vehículos vulgares de transporte. En lugar previamente elegido, encontraréis material pesado de combate, piezas anticarro y antiaéreas, también, posiblemente, algunos tanques. Todo estará en buen uso y abundantemente provisto de munición. En ese momento yo iré a ponerme a vuestro mando y os diré lo que debéis hacer. Hasta entonces, no os importa conocer vuestra tarea, a quién vais a combatir y cuáles serán vuestros amigos. Llegado el momento os diré qué debéis realizar y eso realizaréis. Os consta que siempre procuro ejecutar mis operaciones con las mínimas bajas posibles entre mis compañeros.

Había llegado el momento. Dejé pasar quince segundos y añadí:

—Y ahora llegamos a la parte peor, la más sucia y desagradable del discurso. Entre vosotros, muchachos, hay traidores.

Se alzó un sordo murmullo. Ellos, los mercenarios, no se sorprenden de nada, pero detestan particularmente a los traidores. Esos hombres, que viven al margen de la sociedad oficial y vulgar, como los lobos en la estepa, saben que únicamente mediante la camaradería pueden subsistir.

—¡Sí, tenemos traidores aquí! ¿Qué os parece, muchachos? ¡Todos los presentes, en alguna ocasión, habéis combatido contra otros de esos camaradas vuestros con quienes ahora compartís la cama y la comida, eso es natural, forma parte de vuestra vida, de vuestro código, el mercenario se contrata por un precio y un tiempo para luchar contra todo aquel que su contratador le indique, sea quien sea, y lucha! ¡Es noble, honrado, limpio, disparar contra el camarada que se contrató a su vez con el otro bando, procurar acertarle y, si se logra, sentirse a un tiempo apenado y satisfecho! ¡Ése es nuestro código, ésa nuestra ley, nadie acusará jamás a nadie de traición por actuar así! Pero que un mercenario cobre su paga y se una a otros compañeros en una empresa tan sólo para traicionarlos, eso, camaradas, es innoble, sucio y ruin. ¿Estáis de acuerdo?

Vi cómo Brooke no gritaba como los demás. Me miraba muy fijo y ya debía tener la mosca en la oreja. Yo tampoco le perdía de vista.

Acallé el indignado griterío y proseguí:

—Estamos aquí para luchar abiertamente contra quien se nos diga, no nos importará demasiado morir, o ser heridos, en el combate. Pero ¿sabéis lo que habría ocurrido si no hubiese desenmascarado a los traidores? Os lo diré. Al iniciarse la operación, nuestros contrarios conocerían todo sobre nosotros y nos estarían aguardando perfectamente preparados. Caeríamos en una emboscada, todos sabéis qué es eso. Uno se debate atrapado y lucha, y muere, rabiando, casi impotente, en las peores condiciones de combate. Para nosotros, los mercenarios, ni siquiera existen los hospitales, las leyes humanitarias, el Código de Ginebra. Un tiro en la nuca, una ráfaga de metrallera, y se acabó. ¡Pues ése es el final que nos tenían preparado a muchos de nosotros los traidores, los mismos que han estado comiendo, durmiendo, divirtiéndose, con vosotros hasta ahora, llamándose vuestros camaradas! ¿Qué creéis que debemos hacer con ellos?

—¡Díganos quiénes son, coronel, y verá lo que hacemos!

Cien voces airadas me dieron respuestas parecidas a aquélla. Yo ya tenía suficiente. Giré y apunté con mi índice izquierdo a Brooke, al que tenía a menos de veinte metros de distancia.

—¡Tú eres uno, Brooke! ¡Defiéndete, si puedes!

Hizo lo que sabía iba a hacer. Estaba tenso como un gato montés que ha olfateado al puma. Velocísimamente, saltó adelante, echándose mano a una de las granadas que colgaban de su correa, le arrancó la anilla con los dientes y me la lanzó.

Sí, los mercenarios son magníficos soldados, yo ya lo sabía. Antes de que la granada de mano saltara por el aire en mi dirección, mi propia pistola ladró su saludo de muerte. Alcanzado de lleno, Brooke se estremeció, se tambaleó y cayó de rodillas.

Naturalmente, no esperé a que me llegara la granada. De dos brincos me separé de su trayectoria y me tiré al suelo. Ya Kharbi, reaccionando muy bien por cierto, me imitaba. Y los mercenarios que estaban cerca del radio de acción de la metralla se tiraron también.

La explosión ocurrió más o menos a un metro y medio de donde yo había estado y a cuatro de donde ahora estaba. Como esperé, la metralla, tras levantarse en surtidor, se esparció a todo alrededor. Siempre he tenido mucha suerte, sólo una esquirla pequeña me

cortó un poco en el brazo izquierdo.

Me levanté con cierta ansiedad por Kharbi, disipada al verle alzarse sucio de polvo amarillo pero con estereotipada sonrisa. Estaban levantándose también los demás, con un mosconeo de enjambre enfurecido. Brooke no se movió de donde había caído. Tengo una excelente puntería...

CAPÍTULO X

Desenmascaré a los otros dos espías allí mismo y sólo la disciplina impidió que sus compañeros los lincharan. Sabía que con mi acción acababa de ganar una buena baza y la jugué a fondo.

—Consejo sumarísimo para esta tarde —ordené—. Que les mantengan hasta entonces con doble guardia.

Sin hacer mayor caso de mi herida me fui directamente a inspeccionar las pertenencias de Brooke y los otros dos. Kharbi me acompañó, y los comandantes de las secciones. En el equipo de Brooke encontramos un magnífico minitransmisor perfectamente oculto, pero aún era más perfecto el de Pak-Sao.

Esos condenados japoneses hacen maravillas...

Eran pruebas más que suficientes. Me las llevé al puesto de mando y dejé que Amina me curase el brazo. Me arrancó con pinzas, y con la maestría de un médico, la esquirra de acero.

—Mi padre es médico y yo tengo el diploma de enfermera —contestó a mis elogios. En realidad, allí había un médico-cirujano excelente, que dirigía la operación—. ¿Qué quería, suicidarse o sentar plaza de héroe?

—Ese hombre era un traidor, pero también un mercenario. Le di la ocasión de autojustificarse.

Me miró con mucha fijeza.

—¿Qué quiere decir?

—No merece la pena. Ellos, sus compañeros, lo han entendido. Bien, ahora ya nos hemos librado de traidores. ¿Satisfecha?

Otra vez me miró. Y me pareció que estaba furiosa conmigo. No dijo nada, terminó de curarme y encendió un cigarrillo dándome la espalda.

El consejo de guerra fue realmente sumarásimos. De hecho, tanto el finlandés como el coreano estaban convictos. Se comportaron como mercenarios, sabían que iban a morir y no despegaron los labios. Como presidente del tribunal, les condené a ser ejecutados al amanecer.

Aquélla fue una larga noche. Amina y yo paseamos con Kharbi bajo las altas estrellas del desierto. Había un silencio profundo en el campamento.

—Preferiría no hallarme ahora aquí —dijo ella de pronto, sorprendiéndonos. Me pareció que era sincera.

—Yo también lo preferiría.

—Quizá... Si hablaran, si nos dijeran...

—No hablarán. Son mercenarios, también agentes secretos, fanáticos. Ahora los demás ya lo saben y, si les dejara aquí, a su merced, no tardarían en ejecutarlos a su modo.

—Es terrible...

—Es nuestro código. Los mercenarios y los agentes secretos son cosas muy distintas. Tigres y leopardos nunca cazan juntos en la misma zona. Ellos, los agentes, sabían desde un principio a qué estaban exponiéndose al cubrirse con la piel del mercenario.

Más tarde, ella dijo que quería irse a descansar. Le había hecho alistar un cuartito anejo al mando, con una hamaca. Quedamos solos Kharbi y yo. Fumamos de mi tabaco y él inició la conversación.

—Cualquiera diría que estamos abocados al total fracaso.

—Eso parece, sí.

—A estas alturas, tanto los rusos como los americanos, sin contar con el Gobierno de este país, deben de conocer al dedillo todos los detalles de la conspiración.

—No me sorprendería.

—Lo más posible es que seamos detenidos antes de que transcurran cuarenta y ocho horas después de nuestra vuelta a la capital.

—Sí...

Le miré a los ojos. Casi podía leer en su cerebro ahora. Y diablos, cómo me gustaba aquel hombre...

—¿Qué haría usted en mi lugar, señor Roldán?

—¿Y usted en el mío, coronel?

Sonrió.

—Sospecho que ambos nos estamos leyendo mutuamente el pensamiento.

Sonreí.

Fumamos en silencio por cinco minutos largos. Luego Kharbi habló de nuevo.

—Cuento con la disciplina y la lealtad de los hombres de mi brigada. Tenemos esos tanques suecos y todo el restante material pesado. Es posible que se nos unan la guarnición de Campo Inanga y casi seguramente las de Matani y Sagsay. Pero en cambio, si precipito el golpe no me seguirán ni el coronel Ituri ni el teniente coronel Rangara. Además, hay que contar con la aviación. Algunos de sus oficiales y gran parte del personal subalterno están ganados psicológicamente a la facción de Stacey, pero los altos jefes, la mayoría de los pilotos y casi todo el personal técnico de los aeropuertos militares de Matani y de la capital está formado por leales al actual gobierno, la mayoría unidos a sus componentes por lazos tribales.

—Mi comando puede quedar listo para acción en dos horas y llegar en seis a la capital, si se le proporciona con tiempo vehículos de transporte. En treinta minutos podemos dominar a la guarnición del aeropuerto y evitar que tomen aire los aparatos.

—Eso significará la guerra civil, o al menos un combate cruento.

—Y breve. Tanto más breve cuanto inesperado y contundente sea el golpe que les asestemos.

—Usted va a vulnerar sus instrucciones específicas. ¿Sabe lo que eso le puede costar?

—Sé lo que me va a costar si fracaso por dejarme ganar la mano. Y en todo caso, este oficio siempre ha tenido ciertos riesgos. Si triunfamos, no se me fiarán cargos de ninguna clase por mis empleadores, aunque les haya puesto un poco en evidencia, el éxito, usted lo sabe, cubre todo con su esplendor.

—Sí... Habrá que informar a Patricio Stacey...

—Deme una buena razón para hacerlo.

—No la tengo. Usted sabe qué opino de él. Pero le necesitamos, es el político de más empuje y relevancia entre los conspiradores, aparte de que le escogieron quienes están financiando el asunto.

—En tal caso, coronel, dámosle a él también hechos

consumados. Por añeja experiencia sé que a la hora de los disparos, los políticos sólo saben embarullar las cosas, chillar como viejas asustadas y buscar lugares seguros donde cobijarse a capear el temporal. Cuando éste termina, eso sí, salen como pavos reales en celo, arrastrando sus plumas con mucho ruido y cacareando que ellos, y sólo ellos, han sido con sus grandes dotes de estadistas quienes guiaron todo.

—Tiene mucha razón. Habrá que preparar el plan de ataque ahora mismo.

—¿Y por qué no? La noche es serena y hermosa, hay mucho silencio y no tengo ni pizca de sueño.

—Yo tampoco.

—Entonces pasearemos y conversaremos. Seremos únicamente dos a conocer el secreto y, así, dudo que llegue a los oídos de ningún espía.

—¿Qué haremos con la señorita Scrofas?

—Dejarla dormir hermosos sueños. La guerra es para los guerreros, coronel, las mujeres están bien después, cuando se acabaron los disparos.

Así fue cómo aquella noche un par de hombres, un patriota y un gerifalte, decidieron el destino de una nación. Así es cómo a menudo se deciden los destinos de las naciones.

Me fui a dormir un par de horas cuando ya casi amanecía. Entre Kharbi y yo habíamos preparado un precioso golpe de mano que, de salirnos bien, iba a dar mucho que hablar a los periodistas de todo el mundo durante los próximos días. Si salía mal..., bueno, probablemente entonces a mí iba a importarme un rábano lo que sucediera después de mi muerte.

Tengo la facultad de caer dormido en cuanto me tiendo, en la clase de lecho que sea, y tener suficiente con tres o cuatro horas de sueño, si la situación lo requiere. Esta vez solo dormí dos y media, luego me levanté, me vestí y calcé y fui personalmente a despertar a Ritchie, Ojeda, Matsuka, Estrada y Dreyer, todos los cuales necesitaron muy poco para despejarse y seguirme al exterior.

Me los llevé, bajo la viva luz del alba, a corta distancia del campamento, un lugar desde donde podíamos distinguir a cualquiera que tratara de acercársenos. Estaban intrigados, pero me conocían y esperaron a que hablase.

—Cambio de planes —les informé—. O nos anticipamos nosotros, o nos van a quemar a todos las orejas sin remedio. Ahora voy a daros verbalmente mis instrucciones y vais a grabáros las en la memoria, porque no quiero que ningún escrito caiga casualmente en poder de indiscretos espías y tampoco habrá conversaciones por las ondas. Pasado mañana, a las diez en punto de la noche, toda la unidad estará lista con sus equipos de combate.

Necesité veinte minutos para hacerles entender mis deseos y quedé convencido de que iban a seguir al pie de la letra mis instrucciones. Regresamos entonces despacio. Ya estaban tocando diana.

Amina asomó la cara, ya lavada y peinada, por la puerta de su alojamiento cuando llegábamos allí. Se quedó mirándonos, me separé de mis oficiales y me acerqué a ella, notando en sus ojos cierta desconfianza.

—¿Qué sucede?

—Si lo pregunta porque nos ha visto juntos, le contestaré que la necesidad ineludible de fusilar a dos hombres no deja dormir a gusto a quienes les han condenado. Mis muchachos están desasosegados y mi deber, como el de los oficiales, consiste en encalmarlos. A propósito, ¿en su calidad de periodista de choque desea presenciar la ejecución?

Me miró muy seria.

—Tiene usted un desagradable sentido del humor, señor Roldán —dijo secamente. Y se metió en su cabaña. Me alegré.

El finés y el coreano fueron sacados de su encierro poco después. Los hombres, toda la unidad salvo el servicio de patrulla de vigilancia exterior, estaban ya formados en el patio. Ordené al único tambor —requisado en la aldea la tarde anterior y acondicionado para el caso— que batiera reglamentariamente y el solemne redoble pareció llenarlo todo. Los dos espías estaban demostrando ante la muerte el temple de los mercenarios veteranos. No pidieron una gracia que sabían no iba a concedérseles. Con la boca apretada, la mirada dura y oscura y firme el paso, caminaron entre la escolta, por delante de la unidad formada en posición de descanso, sin mirar a nadie, salvo a mí cuando pasaron a mi altura, luego fueron colocados de espaldas contra la pared de una pequeña construcción arruinada al extremo del patio. No mandé que les

vendaran los ojos, ellos habían visto la muerte cara a cara demasiadas veces. Por sorteo, le tocó a Ritchie dar las voces de mando al pelotón. Debo decir que tanto el agente soviético como el chino murieron como soldados.

Mientras la tropa tomaba su desayuno, con muy escasa algazara, los oficiales lo tomamos solos y aparte. A decir verdad, ninguno de los allí reunidos éramos sentimentales y cuando una cosa había sucedido de modo irrevocable la olvidábamos y en paz. Delante de Kharbi repetí detalladamente mis instrucciones a los oficiales del destacamento y Kharbi se comprometió a que sus fuerzas actuarían sincronizadas con las mías.

Encontré a Amina con mala cara. Y me rehuyó la mirada. Parecía haber dormido mal, por vez primera advertí que sólo era una frágil muchacha. Me dio pena pero no quise demostrársela demasiado.

—¿Cree que podrá arrostrar el vuelo de regreso?

—Claro que sí. Estoy deseando abandonar este lugar.

—¿Ha matado a alguien alguna vez, señorita Scrofas?

Respingó y me miró sobresaltada. Luego se mordió el labio inferior en nervioso gesto y denegó, seca:

—No he matado a nadie.

—Yo sí. A mucha gente, mujeres incluidas. El último, por mi propia mano, ayer mismo, aquí. Y ahora esos dos, fusilados por mi decisión... y siguiendo sus instrucciones.

—¡Yo me he limitado a trasladarle las que se me dieron! ¡Tampoco eso, sólo le dije que debería...!

—Eliminar el peligro que representaban esos tres espías infiltrados en mi comando, antes de que pusieran en peligro toda la operación. Pero en la guerra, amiga mía, sólo hay una forma de eliminar espías y traidores, al menos yo no conozco otra. Y ésta es, de hecho, una guerra. Debí quedarse en Zankia, como le pedí.

Sus ojos me miraron fulgurantes y rasgó las palabras:

—A veces creo que le odio, señor Roldan. Y a veces pienso si tiene todavía alma y corazón.

Di un paso, alargué la mano y le cogí la barbilla. Se puso rígida.

—Cuando este trabajo nuestro termine, repítamelo —dije. Y antes de que pudiera impedirlo, la besé.

Me soltó una de las más fulgurantes bofetadas que yo haya

recibido de manos de mujer. Por vez primera la vi realmente furiosa.

—A mí nadie me besa sin mi permiso, señor Roldán. Ni siquiera un gerifalte errante.

Le vibraba la voz como una espada bien templada y blandida. Sonreí, acariciándome la escocida mejilla.

—A mí tampoco me abofetea impunemente una mujer, señorita Scrofas —repuse—. Ni siquiera la sobrina favorita del poderosísimo señor Ekrem.

Como no lo esperaba, se quedó hasta sin aliento.

CAPÍTULO XI

Subimos a la avioneta a media mañana. Ahora tanto Kharbi como yo teníamos mucha prisa. En cuanto a Amina, parecía haberle ocurrido algo que por el momento la dejó silenciosa y como sin capacidad de reacción.

Luego, mientras volábamos sobre el terreno estepario del norte de Magadia, sus ojos me buscaron con insistencia la mirada, de una forma que casi me dio pena y me alegró. Ella debía estar ahora muy confusa y, además, comprendiendo mejor la diferencia entre un gerifalte y un simple mercenario.

Luego, de repente, ocurrió lo inesperado.

Hasta cierto punto inesperado, porque para nosotros nada lo es. El piloto de la avioneta era uno de mis muchachos y un experto. Descubrió al aparato que se nos venía encima apenas éste salió, sin siquiera molestarse en esconderse, del horizonte ante nosotros y a nuestra derecha.

—¡Avión de combate a la derecha, coronel!

Miré de inmediato y descubrí a un cazabombardero reactor que se nos estaba echando encima a velocidad casi supersónica. Mi sexto sentido se alertó en el acto.

—¡Cuidado, nos va a atacar! ¡Evítalo!

Lo que siguió fue demasiado rápido para entretenerme a relatarlo. El aparato, un «Super-Sabre», se nos vino encima tranquilamente, pues sin duda su piloto consideraba que aquello era cosa de coser y cantar. Y lo era...

Salvo que nuestro piloto era un experto. En el momento justo hundió el timón a fondo y sacó a la avioneta disparada como un proyectil hacia arriba y la derecha. Dos ráfagas de cañón de 30 mm.,

nos pasaron rozando, pero el interceptor tuvo que desviarse a su vez aprisa a la izquierda.

—¡Abajo, aterriza! ¡Es nuestra única esperanza!

Recuerdo que se lo grité al piloto más que nada por decir algo. El reactor nos triplicaba la velocidad, era mucho más maniobrable y estaba poderosamente armado, mientras que nosotros, con un par de metralletas y otras tantas pistolas, estábamos tan capacitados para hacerle frente como una paloma ante un halcón.

Sin embargo, nuestro piloto demostró sangre fría, nervios de acero y una habilidad asombrosa. Miedo, lo que se dice miedo, lo he sentido docenas de veces, ya que es un sentimiento puramente animal, instintivo, sano, al que por cierto debo el estar aún con vida. Sólo los brutos y los embusteros no han sentido miedo jamás. Ahora todo mi sistema nervioso estaba electrizado, mis dientes rechinaban, las palmas de mis manos emitían frío sudor y todos mis sentidos se habían aguzado al máximo de golpe. Miré a Amina y vi el pánico en sus ojos. Se agarraba como podía para no ser despedida de su asiento y se había quedado blanca como el papel. También Kharbi estaba sudando frío...

El «Super-Sabre» rizó el rizo y volvió a buscarnos. Su piloto debía estar enfurecido por el fracaso y decidido a liquidarnos de una vez. Recuerdo que me pregunté por un instante quién sería y quién le habría mandado contra nosotros.

Por segunda vez nuestro piloto logró sacarnos del apuro, aunque ahora los proyectiles de ametralladoras rasgaron ominosamente el fuselaje hacia la cola. Mientras el cazabombardero enderezaba rumbo para volver al ataque, caímos casi como una piedra, en barrena, y eso debió engañarlo por unos instantes preciosos para nosotros. La propia Amina creyó que íbamos a estrellarnos y gritó...

A cincuenta metros escasos del suelo, el piloto enderezó con un tirón salvaje la avioneta y la lanzó hacia un bosque que debía hallarse como a unas diez millas frente a nosotros. Su rostro estaba perlado de sudor.

—Si el diablo quiere, coronel, lo lograremos. Recen lo que sepan.

Para rezar estaba yo. Tomé la metralleta y me revolví, lleno de ira caliente y lúcida. Sabía que era una estupidez, una chiquillada, pero al menos eso iba a desahogarme.

El cazador ya estaba a nuestra cola. Y eso significaba muerte implacable, a quince segundos vista.

El rugido de los reactores me taponó los oídos. Tenía al sol a mi derecha y estábamos volando a casi cuatrocientas millas hora, límite máximo de la avioneta, nada para el interceptor. Me di cuenta de que el maldito trataba de asegurar al máximo la puntería, acercándonos a doscientos metros antes de disparar, para acto seguido dispararse al cielo mientras nos estrellábamos.

Era una locura, una insensatez total, pero disparé una ráfaga con la metralleta, a doscientos cincuenta metros de distancia y contra un blanco que se nos acercaba a quinientas millas hora. Una absurda locura...

¿Cómo ocurrió? No creo en los milagros, sí en mi puntería. Pero sé que si lo repitiera cien veces, en las mismas circunstancias, fallaría. Entonces vi surgir una llamarada azulenca del reactor derecho del caza mientras aún estaba apretando rabiosamente el gatillo de mi metralleta, semivolido fuera de la avioneta y jugándomelo todo a cara o cruz porque, simplemente, todo estaba perdido. Una fracción de segundo después mi corazón se llenó de gozo salvaje.

Me metí dentro aullando, para dominar con mi voz los ruidos:

—¡Arriba al tope!

En situaciones así, un mercenario veterano, un experto piloto, no necesita explicaciones, posee un poder especial de captación y todos sus sentidos están al tope. El nuestro me entendió y encabritó hacia arriba a la avioneta, para inmediatamente hacerla salir a su izquierda como disparada por una catapulta.

Y entonces llegó la andanada de proyectiles, recorriendo a la avioneta de cola a motor.

Sólo que se había producido el milagro. Parte al menos de mi ráfaga le había acertado de lleno al reactor derecho del caza, incendiándolo. Y el enemigo, sobresaltado por aquel inesperadísimo contraataque y su propio súbito peligro, demoró su propia reacción lo justo para que las ráfagas de proyectiles que debían haber cribado el fuselaje de la avioneta, matándonos y acabando el asunto, se limitaran a rasgar oblicuamente el fuselaje... sin tocarnos a ninguno de los pasajeros porque todos habíamos caído hacia el otro lado de la cabina.

En cambio, hirió seriamente al piloto, que no se podía mover de su sitio, e incendió el motor. Pero de hecho estábamos casi salvados.

—¡Me ha... dado...! ¡Maldito... sea...!

—¡Enderézalo! ¡El también va tocado!

Con un tremendo esfuerzo, el piloto lo consiguió. La avioneta parecía ir a desintegrarse y el espeso humo que comenzaba a salir de su motor, así como las primeras lenguas de fuego, me dijeron que aún no estábamos salvados, ni mucho menos.

—¡Aguanta, te sacaré y tomaré los mandos! ¡Vamos, ayúdenme!

Alguno que pueda llegar a leerme, si es que eso sucede, sonreirá ahora pensando que tengo una brillante imaginación. Me importa un bledo, esos imbéciles de cochecito utilitario y oficina de nueve a diecisiete, jamás entenderán que la realidad siempre supera a cualquier fantasía, de modo que no entraré en demasiados detalles. El piloto tenía todo el lado derecho del cuerpo ensangrentado y al menos media docena de proyectiles le habían alcanzado, así, como suena —luego comprobé que fueron cinco, exactamente, calibres doce y treinta milímetros— estaba destrozado, pero era un mercenario y aguantó corajudamente, enderezando con un último esfuerzo el aparato a seiscientos metros escasos de altura. Ya todo nos daba igual, cualquier cosa que nos permitiera ganar unos minutos de vida sería una inesperada propina; de modo que le di un buen golpe para desvanecerlo y ahorrarle dolores, agarré los mandos, tendido a medias sobre él, y me encaminé, descendiendo al tiempo que reducía velocidad a toda prisa, hacia el bosque donde podríamos salvarnos o acabar hechos cisco. Kharbi llegó como pudo y, como pudo, con un filoso cuchillo que sacó de él sabría dónde, cortó los tirantes de sujeción del piloto y lo sacó, desvanecido y roto, desangrándose, para permitirme sentarme. Cuando lo hice estábamos encima del bosque, el motor era una pura llama y el denso humo de la gasolina y el aceite incendiados me impedían ver y casi hasta respirar.

Me deslicé rozando las copas de los baobabs y aterrizando salvajina. Me lagrimeaban los ojos y mis pulmones sólo podían toser, pero aún no estaba muerto... De repente distinguí un claro bastante amplio y relativamente liso, cubierto por una alfombra de espesa hierba. Piqué de morro y apreté los dientes...

Sentí el choque del tren de aterrizaje contra el suelo y el violento rebote de la avioneta me repercutió en las manos, pareció romperme las muñecas. Pero volvió a hincar el morro. Hubo otro bote, otro... y luego una serie de salvajes crujidos y estallidos.

Que no me pregunten cómo salí, porque hoy día aún no lo sé. Salí y es lo que importa. Tosiendo, lagrimeando, dolorido, chamuscado, maravillado, rabioso, feliz... vivo y bastante sano, a juzgar por mis sensaciones. Ya fuera del aparato me volví tan aprisa como pude y vi cómo Kharbi pugnaba por sacar a Amina, que debía estar herida o desmayada. El humo acre y espeso lo llenaba todo, pero pude ver la avioneta partida en dos pedazos. Yo debía haber salido por allí.

Entre Kharbi y yo sacamos a Amina, dejándola en tierra. Luego él me ayudó a arrastrar al piloto, que me cargué a la espalda mientras Kharbi cogía a Amina. Así cargados, nos apresuramos a alejarnos de la incendiada avioneta, cuyos depósitos de gasolina estallaron cuando estábamos a unos cincuenta metros de distancia, llegando a salpicarnos, aunque poco.

Tanto Kharbi como yo estábamos magullados, quemados superficialmente, llenos de contusiones y con dos o tres rasguños sangrantes de escasa importancia. Amina había sufrido también varias contusiones y un par de cortes, eso era todo. El único que estaba listo era nuestro bravo camarada, el piloto. Me juré vengarlo cumplidamente en cuanto atrapara al que nos atacó... y a quién le dio el encargo. Pero por el momento había que resolver lo primordial.

—¿Sabe dónde estamos?

Kharbi asintió. Le ardían los negros ojos de un fulgor que conozco muy bien.

—Sí. A unas tres millas al oeste de la carretera que va de la capital al norte del país y a unas diez de la ciudad de Arisa. Todo este territorio, desde esas colinas hacia el Noroeste, está habitado por gentes de mi raza.

—Entonces seguimos teniendo muy buena suerte. Porque la hemos tenido, de verdad.

Miramos a los incendiados restos de la avioneta con la misma expresión. Kharbi asintió, con voz lenta y dura:

—Puede decirse que acabamos de nacer. Y alguien va a pagar

por este atentado muy pronto.

—Délo por seguro. En cuanto yo le identifique.

—Han buscado eliminarnos de un golpe, eso no cabe duda. Y sólo pudo hacerlo alguien que conocía nuestro viaje secreto y a quien le convenía nuestra muerte.

—Usted conoce mejor a sus paisanos que yo. ¿Quién?

—Ojalá lo supiera...

—De acuerdo. No podemos quedarnos aquí. Y no quiero dejar morir solo, como una alimaña, al hombre que nos ha salvado la vida. Usted, en cambio, está en su tierra, entre sus gentes. ¿Cree que podrá alcanzar sin novedad un lugar desde donde conseguir auxilio?

—Podré hacerlo.

—Entonces coja esa metralleta y márchese. El tipo que nos atacó no tardará en comunicar lo sucedido y sospecho que quienes le enviaron a hacerlo enviarán a comprobar que ya no estamos vivos.

Miró a Amina.

—Eso podría ser muy peligroso para ella.

—No tiene opción. Corre tanto riesgo con usted como conmigo. Y a usted le serviría de rémora.

Kharbi partió. Sabía tan bien como yo el valor de los minutos, ahora. Cuando hubo desaparecido me dediqué a reanimar a Amina, consiguiéndolo al cabo de algún tiempo. Evidentemente estaba convencida de haber muerto, o al menos hallarse herida y desfigurada. Su reacción al respecto fue de lo más femenina.

—¿Qué pasó? ¿Es posible... estamos vivos? ¿Y el coronel?

—Marchó a buscar socorros. Sí, estamos vivos y también milagrosamente sanos, menos el piloto, que recibió de lleno una ráfaga de proyectiles y ya no va a durar mucho. ¿Cómo se siente?

—Molida, aturdida... y llena de agradecimiento a Dios. Pero debo de estar horrible, todo me duele.

—Olvídese de su coquetería, por favor. ¿Quiere ayudarme a hacer lo posible por el piloto?

Lo dije con el tono justo que se necesitaba para hacerla reaccionar y reaccionó. Respirando fuerte, contestó fría y seca:

—Ya estoy dispuesta, señor Roldán.

Pero la vista del ensangrentado y lívido piloto hizo tambalear mucho su energía. No obstante, me ayudó a reanimarlo, ya que otra

cosa no se podía hacer. Protestó, sin embargo:

—¿No es mejor dejarle morir así?

—A veces tengo románticas ideas. Se me ha ocurrido que morirá más a gusto mirando una bella y joven cara femenina.

Su mirada me dijo lo que sus labios no.

El piloto estaba en las últimas, pero cuando abrió los ojos, conservaba su lucidez. Debía sufrir horriblemente y casi estaba desangrado. Esbozó una sonrisa desvaída y jadeó:

—Hola..., coronel... No pudieron... matarnos...

—Tranquilo, muchacho. No, no pudieron, gracias a ti. El coronel Kharbi ha ido a buscar ayuda, te sacaremos de este agujero pronto.

—No necesita... darme ánimo... Estoy listo... lo sé... Pero habría dado... algo... por ver la cara... al tipo...

Murió diez minutos después, como mueren los mercenarios. Amina le había limpiado la cara con mi pañuelo y le concedió el placer de llevarse su bella imagen en las retinas al Walhalla de los buenos luchadores. Ella se había serenado ya para entonces y me miró fijamente cuando cerré los ojos al piloto.

—¿Qué hacemos ahora?

—Irnos hacia la carretera. No pienso esperar aquí la llegada de los compañeros del que nos atacó. ¿Está en condiciones de caminar?

—Lo intentaré. ¿No será perjudicial? Si el coronel regresa y no nos encuentra...

—Conoce la ruta que pienso seguir mucho mejor que yo. Hemos caído en territorio de su tribu.

Dejamos allí al piloto, porque otra cosa no podíamos hacer. Me quedaba mi pistola y tenía que alcanzar, magullado fuertemente y en compañía de una muchacha muy poco habituada a tales trotes y no menos magullada que yo, la carretera a través de varias millas de sabanas y bosque ralo, con una temperatura de casi cuarenta grados a la sombra. Pero tenía razones muy poderosas para llevarme a Amina de allí cuanto antes.

Caminar cuando uno acaba de sufrir un accidente aéreo, tiene todos los huesos crujiéndole y los músculos agarrotados, doloridos; caminar sin agua bajo un sol de fuego, no es lo que se dice una agradable diversión. Para mí no lo era, y estoy acostumbrado a todo. Para Amina constituía una tortura. A los quince minutos se hundió.

—No puedo más...

Por primera vez la vi realmente vencida. Me dio lástima.

—Súbase a mi espalda, la llevaré a horcajadas.

Protestó pero no le hice caso.

—No es hora para remilgos y romanticismos, así que arriba.

Pesaba sus buenos sesenta y pico de kilos, a pesar de su esbeltez tenía el esqueleto fuerte de ciertas razas turco-armenias. Pero yo podía soportarlo. Naturalmente, llevándola a mi espalda, porque al romántico estilo de las películas, en mis brazos y con los suyos rodeando mi cuello, no habríamos caminado ni cien pasos, entre otras razones porque así ni podría ver a un eventual enemigo ni mucho menos reaccionar aprisa.

Así, adelanté más de un kilómetro sin otra novedad que la de tropezarnos con una hermosa familia de leones por fortuna, al parecer, ahitos de comida. Amina se llevó otro susto gordo, pero los reyes de la sabana y el bosque se limitaron a mirarnos con curiosidad un tanto desdeñosos. Seguíamos teniendo mucha suerte, como le dije al detenernos a descansar algo más lejos.

—Mi carne es correosa, pero estoy seguro de que la suya debe ser tan tierna al menos como la de un joven antílope.

—No sé cómo aún tiene ganas de bromear...

—Porque soy un gerifalte errabundo y porque debo alzarle el ánimo. Tome, fume y descanse, estamos saliendo ya del bosque.

Fumó nerviosamente, sin mirarme. Yo no le quitaba ojo. Teníamos a los leones bajo un baobab, a cosa de doscientos metros.

—¿Y si deciden venir a por nosotros?

—Supongo que alguna de mis siete balas podrá dar buena cuenta de uno o dos de ellos. Los restantes se nos comerán tranquilamente. Pero más que al perezoso rey del bosque temo al cruel y sanguinario príncipe. Si nos tropezamos a un leopardo o una pantera será bastante peor.

Se espeluznó ligeramente.

—Sería odioso, escapar vivos de un ataque aéreo para ser comidos por una fiera.

—Resultaría bastante desagradable, lo admito.

—Yo no me refería a leopardos y leones... ¿Cree que vengan a buscarnos?

—Tan seguro como que estamos vivos y aquí. Por una increíble

y maravillosa buena suerte le acerté en mi loca acción a uno de los reactores del caza y su piloto se puso nervioso, por eso medio nos falló. Antes de alejarse con rumbo adonde pudieran ayudarlo vio cómo caíamos envueltos en llamas, habrá dado ese parte y los que le enviaron a acabar con nosotros querrán convencerse de que, en efecto, estamos liquidados ya.

—Por eso no ha querido quedarse allí.

—Esa gente puede que ignore su presencia a bordo de la avioneta y puede que no. En el primer caso, sólo nos buscarán a Kharbi y a mí. En el segundo cabe la esperanza de que la crean quemada entre los restos del aparato, o acompañando a uno de nosotros, el que partió a buscar ayuda. En todo caso, confío poder librarla de ellos cuando se presenten.

Se presentaron media hora después, cuando avanzábamos por la sabana esmaltada por aislados grupos de árboles e incluso numerosos ejemplares solitarios. Por fortuna tengo el oído muy aguzado y nos cogió a la sombra de un baobab.

—¡Aquí llegan, un helicóptero! ¡Aprisa, péguese al suelo!

Afortunadamente, nuestros sucios y chamuscados uniformes nos permitían un excelente *camouflage* bajo el juego de luces y sombras de la copa del baobab. El helicóptero procedía del Sur y pasó de largo, a unos cincuenta metros de altura sobre la sabana, hacia el punto donde nos habíamos estrellado, bien visible aún por una débil columna de humo blancuzco.

—Ahora aterrizarán, encontrarán al cadáver del piloto y registrarán el terreno. Eso les llevará tal vez quince o veinte minutos. Vamos. Lo siento, pero tiene que correr.

Corrimos, en efecto. Cuando se trata de salvar la propia piel uno corre, aunque esté magullado y herido, aunque sea una delicada señorita. Vaya si uno corre...

Cuando escuché el zumbido bronco del helicóptero ordené a Amina que se tumbase entre la espesa yerba a mi lado. Ahora ellos iban a rastrearnos a ras del suelo y con potentes prismáticos.

Así ocurrió, pero pasaron a unos doscientos metros sobre nuestra vertical, a nuestra izquierda. Cuando vi que daban la vuelta, calculé a qué distancia y me volví a Amina.

—Escúcheme. Ésos han venido a rematar la tarea del otro. Nuestra única esperanza consiste en poder engañarles y voy a

intentarlo. ¿Hará lo que le ordene?

—¿Qué quiere que haga?

—Quedarse aquí, pegadita al suelo, hasta que haya pasado el peligro. Luego siga adelante, la carretera no debe estar ya a más de un par de millas y con algo de suerte la alcanzará en una o dos horas. Si Kharbi consigue ayuda, vendrá a buscarnos y usted podrá reconocerle fácilmente, cuénteles lo ocurrido y él ya sabe qué hacer. Yo voy a alejarme lo suficiente y luego llamaré la atención de éstos, para que me persigan.

—¡Lo van a matar!

—Puede. Pero no creo que lo hagan, viéndome huir solo. Primero procurarán capturarme y cuando lo hagan querrán saber dónde está Kharbi. Tome mi pistola. Es un arma magnífica, confío en que no la pierda ni se deje atrapar. Estos tipos no iban a tener grandes miramientos con usted antes de matarla.

Me sostuvo la mirada. Estábamos tumbados entre las altas yerbas, como animales, y el helicóptero, ahora, había pasado por nuestra derecha en su registro del terreno. Cogió la pistola y dijo, con una nota tirante en la voz:

—Rezaré por usted, señor Roldán.

Me gustó que lo dijera. Sonreí para animarla.

—Gracias. No me hará ningún daño que rece por mí. Suerte, pequeña.

Luego, miré hacia donde se estaba alejando el helicóptero, me incorporé y corrí.

Disponía de dos o tres minutos para alejarme lo suficiente antes de que me vieran y pudiesen inferir dónde yo había estado. Corrí con todas mis no excesivas energías entre la hierba de casi un metro de alta, por el rondo de aquella concavidad suave del terreno que de momento me ocultaba al helicóptero rastreador. No había ningún árbol cerca, pero yo fui derecho a uno sito a cosa de trescientos metros de distancia. Y estaba cerca del mismo cuando oí regresar al helicóptero. Entonces giré y fingí que corría desde aquel árbol hacia un grupo de tres sito más al Oeste. Si no eran muy listos, los cazadores iban a pensar que estuve agazapado debajo del árbol y corría hacia donde, más o menos, estaba Amina oculta.

Me descubrieron en seguida. El helicóptero descendió rugiendo sobre mí, como un gran pájaro de presa, y no tardé en ver cómo

una ráfaga de proyectiles me formaba barrera a mi derecha. Giraron aprisa y otra ráfaga me enmarcó a la izquierda. Estaba claro, querían atraparme vivo.

Hice el loco durante un par de minutos, luego me detuve y levanté las manos. Ya bastaba...

Aterrizaron a veinte metros y del helicóptero, de fabricación norteamericana, descendieron dos tipos portando sendas metralletas. Dos negros suboficiales de la pequeña fuerza aérea del país. Vinieron sobre mí manteniéndome apuntado y luego uno me cacheó rápidamente, sin ninguna cortesía. Como es lógico, me puse hacer teatro.

—¿Qué significa este atentado? ¡Soy el mayor Von Falkberg, jefe de la misión de expertos militares que asesora a su ejército, y exijo una inmediata explicación!

—Contestará usted a nuestras preguntas, mayor. ¿Dónde está el coronel Kharbi?

—¡No sé de qué me hablan! ¡He sido atacado por uno de sus aviones de caza, mi piloto ha resultado muerto, me encaminaba a buscar ayuda!

Me gané un culatazo y un insulto en una de las lenguas del país. Luego me obligaron a ir al helicóptero, donde descubrí, con no demasiada sorpresa, al teniente coronel Joachim Ardula, segundo jefe de las Fuerzas Armadas, complicado en nuestra conspiración y considerado como un fanático seguidor, y amigo íntimo, de Patricio Stacey.

CAPÍTULO XII

Ardula me acogió con una de sus sonrisas blancas y embusteras. Nos habíamos tratado un poco y ahora se había quitado la máscara.

—Bien venido a bordo, señor Roldan. Veo que usted es hombre muy afortunado.

Me acababan de poner aceradas esposas y no sentía el menor deseo de combatir. Le miré fijo y gruñí:

—Supongo que esto tendrá una explicación...

—Como todas las cosas. Como su oportuna enfermedad. A propósito, ¿dónde está el coronel Kharbi?

—No sé de qué me habla.

—Lo sabe muy bien. Nos consta que le ha acompañado a Keilak. Vamos, señor Roldán, no nos tome por niños.

—Dígame antes una cosa. ¿Es usted quien nos atacó hace poco? Rió quedo.

—El ataque ha sido efectuado por uno de nuestros jóvenes pilotos. Pero el de ustedes era muy bueno también, por lo visto, y usted o Kharbi se mostraron tiradores increíblemente afortunados, averiándole uno de los motores y forzándole a retirarse sin comprobar debidamente lo ocurrido. Por eso me encargué en persona de hacerlo. Bien, ¿dónde está Kharbi? No tengo demasiada paciencia.

—Demasiado lejos para usted. Parece ser que éste es territorio de su tribu. A estas horas ya habrá encontrado ayuda suficiente, un simple helicóptero y un par de asesinos de uniforme no le van a servir de gran cosa.

Mi despreciativa respuesta le afectó. Por lo pronto me cruzó la cara. Luego ordenó tirarme atrás, en el piso, y uno de sus amigos me plantó el cañón de la metralleta en la nuca. Pero yo sabía que

no iba a asesinarme ahora. No era tan gordo el pez...

Cuando se convenció de que no me sacaría palabra mandó ponerme fuera de combate. Recibí un culatazo y durante un tiempo me libré de preocupaciones.

Al recuperarlas me hallé dentro de una furgoneta y bajo la misma amable vigilancia. Durante un tiempo corrimos no sé por dónde, luego entramos en un lugar edificado, nos detuvimos y me sacaron, a empellones. Vi que estábamos en un garaje amplio, de alguien con dinero.

Mis guardianes me hicieron entrar por una puerta a un pasillo y luego descender una escalera, seguir otro pasillo... tirándome finalmente dentro de lo que tenía todas las características de una ergástula. Allí permanecí, rumiando mis pensamientos, durante un par de horas largas. ¿Se habría podido salvar Amina? ¿Habría logrado Kharbi la ayuda que fue a buscar? ¿Estarían ambos capturados? El instinto me decía que no.

Finalmente volvieron a por mí. No me quitaron las esposas, pero me condujeron al piso alto de una vivienda rica. Y allí, en el despacho del propietario de la misma, que no era otro sino el primer secretario del mismísimo presidente en funciones, me vi cara a cara con Patricio Stacey.

Daba la impresión de estar satisfecho de sí mismo y considerarse el dueño de la situación. Lo primero que hizo fue esbozar una sonrisa de finos matices y saludarme con mucha suavidad.

—Lamento de veras que se halle así, señor Roldán, y de paso le felicito por su buena fortuna. Si me da su palabra de no intentar ninguna acción agresiva, le quitarán las esposas.

—No tengo ganas de recibir un balazo por la espalda —contesté no menos suavemente—. Quítemelas y explíqueme el juego, ya que por lo visto se trata de eso.

—Admiro su penetración tanto como sus otras dotes, señor Roldán. Quítenle las esposas. Supongo que le apetecerá un buen coñac.

—Es usted tan amable...

Me desesposaron y me sirvieron una ventruda copa mediada de exquisito coñac francés. Stacey seguía sonriendo y yo estaba en vilo.

—Naturalmente tiene ya una intuición de lo que ha ocurrido. Pero se lo voy a aclarar. Nosotros habíamos formado un complot

para derrocar al actual presidente y su Gobierno, conspiración para la cual buscamos alianzas exteriores que nos facilitaran la tarea. Naturalmente encontramos tales aliados, pero nos pusieron un alto precio por su ayuda.

—Tenía entendido que usted sólo era uno más del grupo de ambiciosos políticos de este país que querían darle la vuelta a la tortilla en su personal beneficio y se mostraron ampliamente dispuestos a pagar cualquier precio por una ayuda eficaz y adecuada.

Borró la sonrisa. No le gustaba mi actitud.

—Su crudeza de mercenario ha expresado bastante bien los hechos, al menos la versión recibida de sus empleadores, señor Roldán. Pero ellos también estaban equivocados. Yo, Patricio Stacey, no soy «uno más», ni meramente un político ambicioso y deshonesto de *tantos*. Yo soy el líder de un potentísimo movimiento de regeneración nacional, como usted mismo ha podido comprobar, acaudillo la fuerza más *potente* de este país. Soy, por derecho propio, el futuro jefe del Estado...

Tuve que tragarme uno de sus bonitos discursos autopropagandísticos. Pero se trataba sólo del *introito*.

—Señor Roldán, conozco su historial y sé qué clase de hombre es usted. Ahora está en mi poder, puedo ordenar su muerte y después enviar su cadáver junto a los restos de la avioneta, hacer que se difunda la noticia de que sólo era un mercenario farsante y embustero, encargado por turbios intereses económicos de los colonialistas europeos y norteamericanos de provocar una guerra civil en este país con la complicidad de algunos militares demasiado ambiciosos y unos cuantos políticos vendidos al dinero extranjero. Su pequeña fuerza de mercenarios, sin jefe, será fácilmente aniquilada y formará la prueba capital de mi denuncia. ¿Le agrada ese fin?

—En absoluto.

—Lo suponía. Tengo una alternativa que ofrecerle.

Dejó pasar quince segundos.

—Usted es un soldado de fortuna, Roldán. Tanto le da un amo como otro, no tiene bandera, ni patria. Le ofrezco la libertad, la vida y medio millón de dólares puestos a su nombre en el lugar que indique, con las debidas garantías, a cambio de que se una a mí.

—¿Yo solo?

Tuvo un leve tic de ira, rápidamente dominado.

—Por supuesto que no. Con sus mercenarios.

—¿Cuál sería mi tarea?

—Aniquilar a la brigada blindada del coronel Kharbi. Naturalmente, actuarán como punta de lanza de las fuerzas leales.

—¿Quiere decir las tropas leales al Gobierno actual?

—Quiero decir las fuerzas leales a la revolución democrática. La aviación me apoya, también gran parte de las tropas de tierra y, desde luego, tengo al pueblo conmigo. Kharbi es un traidor, vendido al oro imperialista lo mismo que el actual presidente y casi todos los miembros de su Gobierno, por eso deben perecer. Me propongo arrasar toda resistencia, señor Roldán, y créame, puedo conseguirlo incluso sin sus mercenarios. Sólo que ellos harán más fácil y rápida la tarea, evitando excesivos derramamientos de sangre inocente.

El viejo y remanido juego de todos los ambiciosos del poder... Patricio Stacey también se mostraba conmovedoramente preocupado por la sangre de las ovejas a quienes se proponía trasquilar. Luego las enviaría al degolladero tranquilamente, si con ello podía conseguir el triunfo anhelado.

Le tiré de la lengua. Era muy fácil. Todos los políticos son fundamentalmente charlatanes pero, además, el creía tenerme en su poder y me estaba midiendo con su misma vara. Era mi ventaja, no iba a desaprovecharla.

—Usted sabe que quienes me han enviado aquí y financiaron este negocio no van a aceptar pacíficamente el jaque mate.

—Nada podrán hacer. Yo les colocaré ante los hechos consumados. Primero dejé que creyeran que podrían comprarme con sus ridículas ofertas, que yo sólo era un demagogo ensoberbecido y fácil de dominar, un perfecto «hombre de paja». Ha llegado el momento de probarles que soy algo más, también más fuerte que ellos y, sobre todo, poderosamente respaldado por una fuerza ante la cual ellos sólo son pigmeos.

—¿Rusia, o Norteamérica?

—Mi pueblo no me seguiría al redil de los esquiladores capitalistas, señor Roldan. Voy a proclamar la democracia socialista y a convertir este país en el más fuerte baluarte anticapitalista del

Continente...

Total, que se había vendido a los rusos en vez de venderse a Ekrem y sus socios. La ambición es como un vino fuerte y especiado, se bebe a tragos cada vez mayores, embriaga, embriaga... y acaba cegando. Porque Patricio Stacey podía ser presidente «democrático» de su país sin mayores dificultades con sólo cumplir su parte del convenio firmado con el grupo de Ekrem y, usando de su habilidad y astucia, mantenerse en el poder por largo tiempo, realizando de paso una buena labor en pro de su pueblo. Pero Patricio Stacey era un pequeño César injertado en pequeño Hitler, tenía demasiada ambición, no le bastaba con lo que se le ofrecía, lo quería todo. Dominar su país como un Nkrumah, como un Sukarno... Bien, no era el primero ni sería el único ambicioso al que yo había conocido. Ahora se trataba de mi pellejo.

—Supongo que puedo reflexionar un poco sobre su propuesta —dije cuando hubo terminado—. Antes de dar un *volte face* de esa envergadura me agrada sopesar sus pros y contras con seriedad.

Me pareció que se mostraba ligeramente decepcionado. No lo demostró.

—Es una actitud muy sensata la suya. Tiene seis horas para decidirse. Le ruego no olvide que oficialmente guarda cama en su alojamiento bajo los efectos de unas fiebres tropicales. Vivo o muerto, mañana temprano tiene que aparecer.

Era suficiente, como amenaza. Aquel bandido tenía prisa por anticiparse al plan que conocía en todos sus detalles por tomar oficialmente parte en él. Esa prisa podía obedecer a toda una serie de factores por mí ahora desconocidos, pero había una cosa en la cual le llevaba ventaja; mi propio plan al alimón con Kharbi.

Porque Kharbi se le había escabullido. Según tuvo a bien contarme, el coronel pudo llegar a una aldea de nativos y dándose a conocer, logró su rápida ayuda para llegar a la pequeña ciudad de Arisa, cuyo gobernador era de su misma raza aunque no estaba implicado en ninguna conspiración. Le contó que había sufrido un accidente aéreo y utilizó el teléfono del gobernador, antes de que hombres enviados por Stacey le cortaran, para comunicarse con su brigada. Inmediatamente había salido un pequeño convoy, con dos blindados ligeros y un destacamento de tanquistas bien armados, en su busca. Stacey y sus partidarios no habían podido hacer nada,

pues habría resultado para ellos demasiado arriesgado. Sólo por eso yo estaba aún vivo, ahora Stacey necesitaba a mis mercenarios, única fuerza capaz de enfrentarse con la brigada de Kharbi y derrotarla, máxime si nos ayudaba la aviación. Quedaba, pues, en tablas la partida, por el momento.

Y yo había ganado nada menos que seis horas. En seis horas pueden suceder muchas cosas, estaba seguro de que ya sucedían. Mientras, me dispuse a recuperar fuerzas. Stacey llevó su generosidad hasta traerme a un médico que bizmó mi cuerpo debidamente y darme una sustanciosa comida, pero todo ello dentro de una habitación cuya ventana, alta, estaba protegida con barrotes y con guardias armados a mi vista. No se fiaba de mí, hacía bien.

Llegó la noche. Veinticuatro horas más tarde el plan que yo había preparado con Kharbi debería ponerse en marcha. Pero ¿cómo andarían las cosas por allí fuera en aquellos momentos? Habría dado algo por saberlo, también si Kharbi consiguió dar con Amina.

Cuando me volvieron a llevar ante Stacey con él estaba, además del dueño de la casa, otro hombre al que yo había visto en varias fiestas oficiales. Un tipo de edad mediana y facciones duras, correctas, que me fue presentado como Maline, director de la oficina comercial soviética en Magadia. Resultó ser el jefe del espionaje ruso en el país y quien mantenía la conexión directa con Stacey.

—Espero que habrá llegado a la conclusión de que le conviene unirse a nosotros, señor Roldán.

—De hecho no veo otra salida. Pero quisiera ciertas seguridades previas si he de unirme a ustedes.

—No está en situación de exigir nada.

—Ni ustedes de matarme sin más ni más. Kharbi dispone de la única unidad bien equipada y eficiente, con blindados, del país. Incluso sin mí, mis hombres son aún más eficaces en combate que todo el resto del ejército magandino. Y ustedes no cuentan con toda la aviación, eso lo sabemos. Así que cartas boca arriba.

Se dieron cuenta de que no estaba tan acogotado como creían ni me iban tampoco a acogotar. Stacey se mostró diplomático.

—Tendrá esas seguridades, Roldán. Y nosotros tendremos las nuestras. Tampoco vamos a dejarle suelto sin una absoluta certeza

de que cumplirá lealmente sus planes...

CAPÍTULO XIII

Llegué a mi alojamiento oficial a las dos de la madrugada. Había ganado otras seis horas, gracias al tira y afloja que sostuve con Stacey y sus compinches.

Ahora yo conocía parte del ambicioso plan de Stacey y ciertos detalles de su proyecto para tomar el poder anticipándose audazmente a todos los demás conspiradores; conocía lo justo para saber que él me había destinado, con mis hombres, a ser punta de lanza, filo de hacha, martillo... y chivo expiatorio, todo a la vez. De un hombre como Stacey no se podía esperar otra cosa.

Por lo pronto, ahora yo era prisionero, tan cierto como hay sol. Del modo más discreto y astuto, dado que ninguno de los conspiradores, con la posible inclusión del propio Kharbi, tenía idea de lo que proyectaba, mi alojamiento oficial había sido relleno con adictos suyos fanáticos y fervorosos agentes rusos, cuyas instrucciones con respecto a mi persona eran concretas y tajantes. Cualquier intento mío por cambiar la situación provocaría mi muerte fulminante.

Las calles de la capital aparecían tan desiertas y tranquilas como de costumbre. El automóvil en que me conducían, convenientemente escoltado, llegó a la parte de atrás de nuestro alojamiento oficial, se me ordenó salir y, acompañado por dos solícitos y poderosamente armados guardaespaldas, entré en el edificio por la puerta de servicio. Ni un solo instante pensé en la fuga.

Mi habitación aparecía intacta. Mi propio ayudante apareció normal, aunque se mostró levemente alarmado al ver las recientes huellas del aterrizaje forzoso en mi cara. Le conté que había sufrido un accidente sin importancia y le pregunté por la situación. Al

parecer, las gentes se habían tragado la historia de mi fiebre... y el coronel Kharbi llamó a media mañana, también al atardecer, para enterarse de mi estado de salud.

Bueno, sólo me quedaba sentarme y esperar. Porque algo iba a suceder en las siguientes dieciocho horas. Sea lo que fuere, tenía que encontrarme alerta y descansado.

A las cuatro y dos minutos de la madrugada escuché unos leves ruidos. Debían imaginarme dormido en la oscuridad. Lo malo era que no tenía ningún arma a mano... Me levanté sigilosamente y fui a pegarme contra la puerta. Los que trataban, sin duda, de entrar en mi habitación iban a llevarse un buen disgusto.

Pero al poco escuché una voz queda, inconfundible, al lado opuesto de la puerta.

—¿Está ahí, coronel?

Admito que recibí una gran satisfacción. Contesté, abrí y me vi cara a cara con Estrada.

—¿Cómo diablos lo habéis conseguido? —inquirí, mientras les dejaba paso a él y a dos de los mercenarios a sus órdenes, todos ellos con *camouflage* nocturno de combate.

—Kharbi nos avisó a mediodía lo que les había sucedido, de modo que decidimos libertarlo aprisa. Vine con un pequeño grupo de voluntarios. Mientras, la muchacha que le acompañó a Keilak hizo un buen trabajo, localizando dónde le tenían custodiado. Hubiéramos ido allí a por usted, pero ella y el coronel Kharbi nos lo impidieron.

Así que Amina estaba sana y salva, y en campaña...

No me había engañado al juzgarla, tampoco con respecto a Kharbi.

Y entonces vi llegar al mismísimo mayor Von Falkberg. Venía con cara de circunstancias y me miró furioso, sin pronunciar palabra. Estrada me aclaró la cosa.

—Tiene que sustituirle aquí, coronel.

Mis muchachos habían actuado conforme a la mejor técnica de comando. Nada de un movimiento de masas, unos pocos hombres perfectamente instruidos y capacitados, metidos en un par de vulgares vehículos, moviéndose después en la noche con rapidez y astucia. Habían mantenido la casa...

Pero dejaré que Amina lo cuente. Me la encontré, como noches

atrás, dentro del automóvil que me esperaba. Y su apretón de manos me dio la medida de su estado de ánimo.

—Vi perfectamente cómo le atrapaban, reconocí las marcas del helicóptero y los uniformes de sus captores. Luego, cuando despegaron, aguardé un tiempo prudencial y entonces seguí hasta la carretera, llegando a ella una hora después. Aguardé oculta entre la maleza hasta que oí acercarse varios vehículos. Era Kharbi, con una escolta de sus tanquistas. Le conté lo sucedido y decidimos que había que hacer lo posible por salvarle a usted, de modo que, mientras él regresaba aquí, para ir a encerrarse en el campamento de su brigada y eludir de ese modo cualquier intento de captura o asesinato, yo retorné a Keilak. Al principio no querían creerme, pero luego que algunos de ellos fueron al lugar donde nos estrellamos y se convencieron de la veracidad de mis asertos varios volvieron a Keilak y los restantes me acompañaron, en un viejo camión destartado, hasta aquí.

—De modo que perdió horas de su precioso tiempo para salvar mi pellejo...

—Usted había salvado antes el mío. Y no es imprescindible para el éxito de la operación. Ya sabemos que Stacey nos ha traicionado, aceptando un compromiso con los rusos. Me lo dijeron en cuanto logré ponerme en contacto con mi tío... A propósito, aún no le he preguntado cómo averiguó usted nuestro parentesco.

—Usted olvidó que soy un gerifalte. Me intrigaba mucho que tan joven y fragante belleza tuviera de tal modo la confianza del notoriamente desconfiado señor Ekrem.

—Ya... Bueno, pues mi tío me ordenó salvarle a toda costa. Dijo, por si eso le complace, que sólo usted podía salvar la situación. Me dio instrucciones al respecto y me advirtió que iban a enviar inmediatamente aquí al verdadero coronel Von Falkberg, al que aleccionarían convenientemente durante el viaje. Teníamos que efectuar la suplantación entre ustedes a toda costa y lo antes posible.

—Lo han hecho muy bien.

—Había sus dificultades. En estos momentos, asesinos pagados y agentes secretos me están buscando con órdenes concretas de atraparme a cualquier precio, al parecer han descubierto mi identidad. Pero conseguí mantenerme en contacto con Kharbi, que

ha llevado a su familia al campamento de su brigada y la tiene puesta en situación de alerta, con lo cual han comenzado a circular ciertos rumores por la ciudad que no deben ser muy del agrado de Stacey y sus asociados rusos. Kharbi ha sido llamado por el general en jefe, pero acudió bajo potente escolta de sus hombres de máxima confianza y le dijo que obraba así porque había recibido información fidedigna de que querían eliminarlo, añadiendo que había sufrido un atentado cuando inspeccionaba a una de sus unidades en maniobras. Naturalmente, las lesiones que presenta abonaban su afirmación y justificaban en parte su actitud, el general en jefe no osó arrestarlo. Han ido al campamento de su unidad el ministro del Interior y el secretario del presidente... justo, ése en cuyo domicilio usted ha estado detenido, a interrogarle sobre el presunto accidente y tratar de conocer sus intenciones. Se rumorea en los medios informativos extranjeros que el Gobierno teme un golpe de fuerza y está haciendo frenéticamente preparativos para contrarrestarlo, también se dice que un reactor de caza aterrizó a media mañana, ayer, en la base militar con uno de sus motores averiados por disparos.

—O sea, que estamos encima de un volcán a punto de estallar.

—Más o menos, ésa es la situación. Creemos que Stacey intentará dar su golpe ahora, en las próximas setenta y dos horas como máximo. ¿Es por eso que ha sido devuelto usted a su alojamiento oficial?

—Verá. Me he comprometido bajo juramento, y previo pago de medio millón de dólares en un Banco suizo, con las debidas garantías, a poner mis conocimientos y mis hombres al servicio de la muy grande ambición de poder del señor Stacey.

Me miró con fijeza.

—¿Cuándo quieren atacar?

—Según me dijo, dentro de cuarenta y ocho horas, exactamente. Tiene de su parte a un tercio de la aviación militar, hará de modo que sus partidarios controlen pasado mañana la base aérea. A las seis en punto, despegarán y atacarán por sorpresa el campamento de la brigada blindada. Yo, con mis hombres deberé encargarme del resto. Naturalmente, cuentan con que nos dejemos la piel allí la mayoría, mientras otros adictos a Stacey se apoderan del control de la ciudad. Cuenta, también, con que ocuparemos el cuartel. En ese

momento, y en medio de la confusión, reaparecerán los aviones, llegarán también tropas adictas a Stacey y entre unos y otros nos rematarán adecuadamente. Así, cuando termine todo, el ínclito señor Stacey, convertido en dictador del país, proclamará a los cuatro vientos que el derrocado Gobierno había introducido fraudulentamente en Magadia a una horda de mercenarios blancos con los cuales intentó aplastar la rebelión de los patriotas negros hartos de su corrupción y de sus crímenes. Nosotros, Kharbi y yo, no podremos retrucarle porque estaremos convenientemente muertos, se habrá ahorrado medio millón y quitado de encima a peligrosos enemigos. Patricio Stacey es tan astuto e inteligente como ambicioso, hay que reconocerlo.

—Eso nunca se puso en duda.

—Su plan era liquidarnos a ambos en un «accidente». Entonces él se alzaría como jefe indiscutible de la sublevación, acusaría al Gobierno de haber asesinado a Kharbi, lograría el apoyo de mis hombres por el mismo medio y ocuparía el poder, anticipándose a los planes del grupo que lo había financiado todo para, después, negarles la concesión y dársela a los rusos. Pero al fallarle el atentado por puro milagro, y capturarme su agente, tramó en el acto un nuevo plan. No puede ni imaginarse siquiera que entre Kharbi y yo haya nacido una profunda camaradería y que prefiero ver a Kharbi como presidente.

La sobresalté.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que acaba de escuchar, pequeña. Terminó el tiempo de espera y ya comenzaron a sonar los clarines. Ahora hablarán las armas y seremos los combatientes quienes decidiremos el destino del país.

—Las órdenes que usted tiene...

—Me las dio su tío, que me pagó y por eso tiene mi lealtad. Pero su tío está demasiado lejos para hacerse cargo de las rápidas fluctuaciones de una muy fluida situación. Y usted no pensará en serio ocupar su puesto, ¿verdad?

Me miraba muy fijo. Habíamos salido ya de la ciudad exactamente dicha.

—¿Qué se propone hacer, Roldán? Se está jugando la cabeza...

—Seguro. Me la he jugado muchas veces y aún sigue sobre mis

hombros. Le estoy sumamente agradecido por haberme deparado esta hermosa oportunidad de ajustarle las cuentas al señor Stacey, pero ahora, amor mío, usted va a continuar viaje sola, porque tengo una tarea urgente que realizar. Dígale a Kharbi que todo sigue en pie, él sabrá muy bien a qué me refiero. ¡Tú, para!

El conductor me obedeció. También pararon las dos camionetas que iban, una delante y otra detrás, a pocos metros, con los muchachos de Estrada dentro y ocultos bajo los toldos.

—No haga eso, Siegfried —me pidió Amina, dándome mi nombre por vez primera—. Es una locura... Lo estropeará todo.

—Al contrario, pienso que lo voy a arreglar todo. Vamos, siga su camino y no se detenga.

Sin hacer más caso a sus protestas salí del coche y me llegué adonde Estrada me esperaba, habiendo bajado a su vez de la camioneta.

—¿Cuántos hombres trajiste?

—Doce. Recordé que el número trece es su favorito.

—Magnífico. Somos suficientes. Vámonos. Rumbo a la casa de Patricio Stacey.

CAPÍTULO XIV

Patricio Stacey, como todos esos generosos estadistas que tanto se preocupan por aliviar las condiciones de vida de sus pueblos, residía en una hermosa finca rodeada por amplio jardín, en un barrio residencial de las afueras. El líder de los humildes vivía con muy escasa humildad, ciertamente.

Nos detuvimos a prudencial distancia. Apagadas las luces del camión, echamos pie a tierra y nos reunimos en apretado grupo a la sombra del mismo y de un árbol corpulento en la acera. Amina me había devuelto mi pistola, ahora me sentía eufórico.

—Stacey tiene al menos una docena de perros guardianes. Pero en estos momentos deben tener bastante relajada la vigilancia, sólo falta una hora para el día. Hay que acogotarlos sin ruidos y con la mínima efusión de sangre posible. Tiene también en la casa un circuito de alarma, pero es muy vulgar. ¿Alguno de vosotros entiende de eso?

Estrada sabía hacer las cosas, se trajo a tres especialistas. Les di mis instrucciones. Quería entrar como un fantasma en la casa de Stacey.

—Un momento. Puede que os tropecéis allí dentro con alguno de los tipos que guardan las espaldas de los funcionarios rusos. A éstos aplicadles la ley de guerra. Y ahora, andando.

Eramos un aguerrido grupo de luchadores, ciertamente. Alcanzamos la verja que cercaba el jardín de Stacey como gatos, en la noche, escurriéndonos por las zonas de más sombra. Todo estaba tranquilo y silencioso en la alta madrugada, a los negros les asusta la noche, por muy civilizados que estén. Mis muchachos liquidaron sin esfuerzo ni problemas la alarma exterior, saltaron como gatos la verja y cayeron sobre los tres guardaespaldas de Stacey que

rondaban por el jardín como caen las panteras sobre sus presas, poniéndoles fuera de combate. Luego nos acercamos a la casa.

Era hermosa, de dos plantas, con las de la baja a prueba de ladrones. Eso no constituía ningún obstáculo para nosotros. Garfios de duraluminio forrados de cuero se encajaron en sendos balcones, dos de los especialistas en electrónica treparon aprisa y en cinco minutos teníamos expedita la entrada.

Un gerifalte se diferencia en muchos detalles de un simple mercenario. Por ejemplo, yo me había aprendido casi de memoria, desde que hice mi primera visita a Stacey, los detalles interiores de su casa. Luego me agencié el plano exacto de la misma. Entonces parecía un trabajo inútil, ahora resultaba ser del máximo interés. Entramos en la casa por dos habitaciones que sabía desocupadas normalmente y así resultaron estar, nos deslizamos de ellas a un pasillo y las espaldas de un negrazo imponente que dormitaba sentado en una silla, al que un golpe certero envió a dormir para rato, llegamos a lo alto de la hermosa escalera que descendía al *hall* y descubrimos, juntos, a un negro de paisano, un negro de uniforme y un blanco también de paisano. Aquello me indicó algo realmente importante.

A sendas indicaciones mías, dos hombres se adelantaron. Ambos empuñaban automáticas especiales, provistas de silenciadores. Siempre procuro que el equipo de combate de mis hombres sea completo y perfecto, eso también me iba a valer ahora. Un tercero se acercó, pero éste empuñaba un largo y delgado puñal, balanceándolo en su diestra.

Los tres de abajo ni se enteraron de que se morían.

Tanto el puñal como las balas les llegaron demasiado pronto. No me agrada dar detalles macabros, dejo eso para los guionistas de cine y televisión o los autores de novelas de éxito entre el público mesocrático. Yo soy un profesional, matar es mi oficio y no me causa ningún placer.

Descendí a la cabeza de mis hombres, empuñando mi pistola y dando gracias por mi buena fortuna. Luego de indicar que se cubrieran todos los objetivos, para lo cual partieron varios de los muchachos, me acerqué a la puerta del despacho de Stacey, que estaba muy bien cerrada, así el picaporte y lo moví cuidadosamente. Giró y abrí la puerta menos de un centímetro, por

milímetros.

La voz de Stacey me llegó inconfundible.

—... Y no puede fallar. Tenemos tomadas todas las medidas.

—Yo no me fío de Roldán. Es muy astuto y más peligroso, aparte de tener una endiablada buena suerte.

Eso lo había dicho mi amigo, el funcionario ruso.

—Opino como el señor Maline. Debimos liquidar a Roldán inmediatamente, no dejarlo en libertad.

Eso lo decía mi otro gran amigo, el teniente coronel Ardula.

—Roldán no está en libertad. Se halla tan prisionero y a nuestra merced como en la casa de Sagambi. Y ustedes saben por qué lo he hecho.

—Es demasiado arriesgado. Pueden olfatearlo y, si falla...

—Su hombre falló ayer, Ardula. Debí liquidar esa avioneta sin la menor complicación y no lo hizo, ni siquiera mató a uno al menos de los que debía matar. Por eso he tenido que cambiar todos mis planes sobre la marcha. Y en último extremo, les ruego que recuerden quién dirige esta conspiración, quién va a sentarse en el sillón presidencial. Quién tiene el pleno apoyo de su Gobierno, señor Maline.

—Lo sé muy bien, señor Stacey. Usted tiene todo el apoyo de mi Gobierno... siempre y cuando consiga la presidencia y cumpla automáticamente con las condiciones convenidas.

—Me ofenden sus dudas, señor. Dentro de setenta y dos horas seré el amo de este país. Dentro de doce, el coronel Kharbi acudirá, con fuerte escolta, a visitar a su querido amigo el falso mayor Von Falkberg para enterarse de cómo anda su salud. Y lo hará porque Roldán, que no sospecha mis verdaderos planes y me considera uno de tantos charlatanes políticos, engreído y cegado por su ambición de poder, va a llamarle, de acuerdo con lo que tenemos convenido, en apariencia para tranquilizarlo, tal vez, lo admito, para tratar de prevenirle sobre lo que ha ocurrido. Lo que ninguno de ellos podrá prevenir es que, en el momento adecuado, una potente carga de plástico estallará dentro de la habitación y los destrozará a ambos.

Contuve el aliento. Caramba con Stacey, aún era mejor de lo que yo había sospechado.

—Morirán y para todo el mundo será un atentado político. ¿Preparado por quién? Sencillo, por agentes del imperialismo

americano, por enemigos de la nación, para deshacerse del más prestigioso de nuestros jefes militares. Ya tengo listas las pruebas y marcados los agentes norteamericanos que van a caer para justificarlas. ¿Qué hará entonces nuestro Gobierno? No hará nada, salvo dispersarse frenéticamente en una serie de reacciones de ninguna o escasa eficacia. Son ineptos, granujas, están vendidos al oro americano y capitalista europeo, eso lo sabe todo el mundo en este país y se les dirá debidamente a cuantos lo ignoren o lo duden. Tampoco sabe el pueblo que los imperialistas han concentrado secretamente, pero a sabiendas del Gobierno, al menos de varios de sus miembros, previamente comprados, una horda de mercenarios blancos, asesinos pagados para masacrar a nuestros conciudadanos y arrasar las cosechas, destruir nuestra riqueza, provocar el caos y el terror. Se lo daremos inmediatamente a conocer nosotros, el partido progresista del pueblo, los únicos que jamás pactaremos con el verdadero enemigo, ni toleraremos un nuevo y peor coloniaje.

Sí, era un gran tipo Patricio Stacey.

—Entonces usted, Ardula, siguiendo el impulso de su patriotismo y tras consultar conmigo, con otros políticos patriotas y responsables, ordenará a sus pilotos despegar y atacar a esos mercenarios. Los vamos a atrapar in fraganti en el agujero de Keilak, sin artillería antiaérea. Espero que sus pilotos demuestren cumplidamente lo que valen, quiero que aniquilen a esos mercenarios. Luego llevaremos contra sus restos a la brigada de Kharbi, para que venga en ellos el asesinato de su jefe. Y mientras tanto, nosotros tomaremos el poder, apoyados por el pueblo, derrocaremos al actual Gobierno y nos mostraremos justos, clementes incluso, salvo con los verdaderos culpables, cuya lista tengo aquí y que deberán ser juzgados sumarisísimamente y pasados acto seguido por las armas. Al amanecer de mañana yo seré el presidente, señores.

Decidí que ya era hora de aguarle la fiesta y empujé la puerta, advirtiéndole mientras entraba:

—Me temo que estará en el infierno mañana a estas horas, Stacey.

Creo que realicé una entrada dramática perfecta. Allí dentro había cinco hombres que se quedaron rígidos, sin aliento, con las miradas dilatadas, al verme aparecer y, tras de mí, a Estrada y dos

de mis muchachos. Que por cierto habían escuchado muy bien la interesante conversación, empapándose de la suerte que aquel quinteto les quería deparar.

Allí estaban. Stacey, Maline, Ardula, el general Tombe, segundo comandante del ejército de Magadia, y el señor Gourane, ex ministro del Interior en un gabinete anterior y en la actualidad dirigente máximo de otro partido progresista, menos fuerte que el del propio Stacey. Un formidable grupo...

Estaban demasiado aturdidos para poder reaccionar. Sabían muy bien que acababan de perder la partida, aunque no comprendían todavía cómo pudo haber sucedido. El primero en reaccionar fue el ruso, soltando un taco muy gordo en su idioma. Stacey bramó:

—¡Maldito sea, Roldán!

Y luego hizo una perfecta estupidez. Me parece que fue debido a la rabia que lo asaltó al ver dinamitados sus magníficos proyectos justo cuando se pavoneaba ante sus colegas dando por descontado el triunfo. Sea como fuere, el hombre cometió un gravísimo error.

Gravísimo, porque sacar una pistola y tratar de pegarme un tiro, cuando yo tenía la mía empuñada y a mis espaldas habíanse desplegado hasta cuatro hombres que acababan de escucharle su plan para masacrarlos despiadadamente tras haber contribuido a traerles de incógnito al país a fin de que le ayudaran a tomar el poder, era suicida.

Dos de los muchachos apretaron el gatillo al mismo tiempo. Aunque yo hubiera querido evitarlo, me habría sido imposible. De hecho inicié la orden de no disparar al tiempo que yo mismo le metía bala en el brazo a Stacey, con la mera intención de desarmarlo. Y ése tal vez fue un error mío, porque ellos, mis hombres, me vieron disparar.

El resultado fue que Estrada y el otro también lo hicieron. Y los cinco tipos que estaban conspirando contra nuestras vidas minutos antes, cayeron dramáticamente, en revuelto y sangriento montón, víctimas de sus desatentadas ambiciones y de un simple, pequeño, estúpido error provocado por la rabia de Patricio Stacey.

Me di en el acto cuenta de lo que acababa de suceder. Allí sólo había una cosa que pudiéramos hacer ahora y la hice.

—¡Vamos, afuera, rápido!

Mis hombres no necesitaron nunca explicaciones. Estos de ahora

sabían que acababan de dar muerte a un lote de peces gordos del país donde se encontraban y con ello el suelo iba a quemarnos los pies. Así, salimos de la casa de Stacey incluso antes de que su sobresaltada familia y no menos sobresaltada servidumbre pudieran, entre los vapores del sueño roto bruscamente, acertar a levantarse y averiguar lo ocurrido. Sí, fue una fuga muy poco heroica, pero eso de los heroísmos tiene sus quiebras a veces.

Llegamos al campamento de la brigada blindada cuando comenzaba a clarear el día. Mejor dicho, llegué yo con cuatro de mis muchachos, que por ser dos negros y dos camitas podían fácilmente pasar desapercibidos. Por el camino había hecho desaparecer los últimos restos de mi caracterización como el mayor Von Falkberg y volvía a ser Siegfried Roldán, el gerifalte. Di el santo y seña a la reforzada guardia y pedí que se me comunicara de inmediato con Kharbi. Poco después estaba en su despacho del campamento. Se dio cuenta en el acto de que sucedía algo grave.

—¿Qué pasó?

—Encontré a Stacey reunido con Maline, Ardula, el general Tombe y el ex ministro Gourane. Nos tenían preparada una buena trampa para enmendar al mediodía lo que les falló ayer.

—¿Y...?

—Cuando entré, interrumpiendo su reunión, a Stacey le fallaron los nervios y sacó una pistola. Los muchachos le habían estado oyendo lo que pensaba hacerles...

—¡Le han matado!

—A todos. No me fue posible evitarlo.

—Dios...

Se fue a sentar y se metió la cabeza entre las manos. Me acerqué a la mesa y le hablé, seco.

—A lo hecho, pecho, ellos o nosotros era la jugada.

—Pero así, en su propia casa...

—¿Por qué no me deja que le explique?

—¿Por qué no me lo explica a mí también?

Me volví. Me había casi olvidado de Amina, pero estaba allí, ligeramente pálida y ojerosa, mirándome aún con mayor sospecha.

—Vaya, veo que se me considera culpable de arreglar las cosas según mi peculiar manera de ser y actuar.

—¿Y no es así?

—Hasta cierto punto, pero no en la consecuencia. Creo que al menos merezco ser escuchado. Dentro de poco se conocerá lo ocurrido en casa de Stacey y debemos estar preparados para actuar o todo se irá al traste.

Me escucharon. Vaya si lo hicieron. Y vi cómo poco a poco se les borraba la desconfianza.

—Eso es todo lo ocurrido y la pura verdad. Me importaría un pepino decírselo si hubiera sido de otra forma, porque los hechos son los hechos y no pueden ya ir contra lo inevitable.

—Le creo —Kharbi estaba muy afectado, pero no por eso había perdido su capacidad mental, de reacción ante los hechos—. Creo muy capaz a Stacey de prepararnos ese fin y de pensar ese plan para apoderarse del poder absoluto sin cortapisas. Sólo que... se va a armar la gorda.

—No, si actuamos rápido y contundente. Saque a su brigada a la calle, tome todos los puntos estratégicos de la ciudad. Mis hombres deben encontrarse en estos momentos acampados a diez millas al Norte, esperando órdenes. Ya se las envié con Estrada, atacarán el aeropuerto militar en cuanto usted saque sus tanques a la calle. No hay que darle tiempo a nadie a cambiar la situación, los muertos en casa de Stacey deben ser encontrados allí, juntos, y ser fotografiados, identificados, debidamente. Veremos quién, y cómo, justifica esa extraña reunión, ¿comprende?

—Veo a dónde quiere ir, Roldan. Pero yo no deseo el poder...

—No importa que lo desee o no, es que no le queda otra opción sino tomarlo. Escuche, Kharbi; usted es un soldado, un patriota, un hombre honrado. Se metió en este negocio para lograr el mejoramiento de su patria. Pues consígalo desde la cumbre, tome el poder, sea un dictador, o un presidente constitucional, la etiqueta es lo de menos. Convierta a Stacey en un héroe o en un traidor, lo que mejor convenga. Amedrente al presidente y el Gobierno actuales, oblíguelos a dimitir y exlíelos, o encarcéelos, o fusíelos, tanto mejor lo último. Pero no permita que otro Stacey se aúpe al poder, o que lo recojan de la calle una gavilla de políticos desaprensivos. Tiene los medios, la oportunidad y también el deber. Así que no vacile.

Vacilaba. Era un hombre honrado, también sabía que el poder no trae muchas satisfacciones a los de su temple. Pero entonces fue

Amina quien habló.

—Hágalo, coronel. El señor Roldán tiene razón. Usted es el hombre de la hora y no puede ir contra su destino.

Eso ya lo sabía Kharbi, pero creo que Amina le decidió. Dio un gran suspiro, me miró y preguntó:

—¿Cuándo podrá estar listo para atacar el aeropuerto?

—Deme treinta minutos y le aseguro que ningún avión atacará a sus tanques.

—De acuerdo. Le enviaré de inmediato a un destacamento blindado de apoyo, y... no lleve la lucha al extremo, Roldán.

—Lo justo y nada más, se lo prometo.

Entonces, Kharbi volvió a suspirar, alzó el teléfono y habló con voz firme.

—Aquí el coronel. Toque de generala, llamada a los oficiales, toda la brigada estará lista para acción de combate en treinta minutos.

EPÍLOGO

La Prensa mundial ya contó lo demás, referirme a ello alargaría inútilmente la historia. Se han dado una serie de versiones del asunto, pero la oficial es que una pandilla de conspiradores habían preparado un golpe de Estado extremista. El Gobierno, enterado a última hora o poco menos, dispuso rápidamente sus medidas para hacerlo abortar. El coronel Kharbi, que hasta entonces se había mantenido al margen de la política y las conspiraciones con su eficiente brigada blindada, fue objeto de un atentado fallido por parte de los conspiradores. Éstos le prepararon otro y, también, asaltaron la casa del popular y poderoso político Patricio Stacey, asesinándolo, así como a otras personas. Pero el coronel Kharbi, con sus blindados y con la ayuda de una pequeña fuerza de mercenarios blancos, contratada no se sabía a ciencia cierta por quién, hizo abortar el complot, impidiendo que los aviadores militares alzaran vuelo para ir a atacar sus propios cuarteles y el palacio presidencial... En la breve, pero cruenta lucha, habían perecido el teniente coronel Ardula, segundo jefe de las fuerzas aéreas, y el general Tombe, segundo comandante del ejército y comandante militar del distrito de la capital. Ambos eran los jefes militares del pronunciamiento, junto con un ex ministro del Interior. Se aseguraba que habían concertado la ayuda rusa...

Bueno, dije que no me referiría a lo ya contado por la Prensa. De modo que sólo diré que entre Kharbi y yo aplastamos de raíz el plan de Stacey y sus compinches. Mis muchachos, apoyados por una docena de blindados y tropas de Kharbi, tomaron por asalto el aeropuerto militar, del que sólo pudieron despegar dos cazarreactores, a uno de los cuales derribamos cuando nos atacaban. El otro huyó y sus ocupantes se asilaron en país

extranjero. Perdí ocho muertos y veintitrés heridos, pero tuve la mala suerte de ser uno de los últimos, con un balazo serio en el muslo que me privó en cierto modo de ver el final de la fiesta y, por otro lado, me resultó providencial. Porque en cuanto se calmó el bochinche y me hubieron curado, Amina se me llevó aprisa al aeropuerto civil y me metió en el mismo avión que trajera horas antes al verdadero Von Falkberg, trayéndome aquí, a este pequeño paraíso isleño...

Kharbi es el presidente electo de Magadia desde hace ocho días. Suerte para su país, porque él lo engrandecerá del único modo que un país se hace grande. Sé por Ekrem que domina la situación, pero no necesitaba decírmelo. La domina y la dominará, llevará adelante sus planes y dudo mucho que nadie, a no ser matándolo, se lo impida. Pero tampoco es fácil de matar.

Como yo. Hay que ver lo bien que se está aquí, caramba. Mis muchachos ya se han vuelto a esparcir por el mundo, tan sigilosamente como se concentraron. Rusos y americanos se han quedado como la zorra del cuento y Ekrem ya tiene su contrato de explotación de los yacimientos de manganesita. Está realmente satisfecho y me lo ha demostrado del modo como los poderosos demuestran su satisfacción. Otro cheque por una sustanciosa suma.

Y estas vacaciones de convalecencia en una isla de su propiedad, en la mejor compañía del mundo. Porque tengo una estupenda enfermera, como a mí me agradan...

Si alguien espera que cuente a qué me dedico ahora, lo siento por él y su curiosidad. Que cada cual se imagine lo que le plazca. Soy un gerifalte errabundo y mis períodos de reposo los disfruto a mi manera, que no es, desde luego, la de cualquier hortera u oficinista.

Aquí llega Amina. Es estupenda. Sí que lo es... y que cada cual piense lo que le dé la gana de mi afirmación... A mí ellos, sus pensamientos, el mundo entero, se me da una higa. Yo soy un gerifalte errabundo, tengo mi propia ley.

Y toda una vida que vivir. A mi aire.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España



Cliff Bradley nació en España.

La persona oculta detrás de Cliff Bradley no es otra que Jesús Navarro Carrión-Cervera.

Junto con José Mallorquí, Jesús Navarro Carrión-Cervera ha sido uno de los más activos autores de literatura pulp que trabajaron en el medio cinematográfico.

Según los datos recogidos en la imdb, Navarro participó directamente en el guion de media docena de films, a los que hay que añadir la traslación de al menos dos de sus bolsilibros a la gran pantalla. La popular base de datos le acredita igualmente como autor de diálogos adicionales para la mítica «La noche del terror ciego», primera entrega de la célebre Tetralogía de los Templarios de Amando de Ossorio, aunque yo al menos no he podido verificar esta información. En el aspecto literario, publicaría más de quinientas novelitas entre 1947 y 1985, con sus distintos seudónimos (Cliff Bradley, John Palmer, Jeff Lassiter y Jess mcCarr en el western y en el género policiaco y como Jesús Carrión o Jesús Navarro en la novela romántica).

Jeff Lassiter fue el seudónimo que empleaba habitualmente en las colecciones FBI y Agente Federal, ambas de Rollán, mientras que

Cliff Bradley fue el alias empleado en Bruguera en las colecciones servicio secreto y punto rojo.

De terror escribió un buen número de novelas para esa terror (Editorial andina) y Terror Rollán, siempre como Jeff Lassiter. Para Selección Terror de Bruguera no escribió curiosamente ninguna.

Utilizó los

ALIAS:

- Cliff Bradley.
- Jeff Lassiter.
- Jess mcCarr.
- Jesús Carrión.
- Jesús Navarro.
- John Palmer.